



JEAN DE LA VILLE DE MIRMONT

Los domingos
de Jean Désert

Introducción de François Mauriac
Traducción de Lluís M^e Todó

Lectulandia

Jean Dézert es un individuo melancólico que podría estar emparentado con el mismísimo Bartleby. Aquejado de una falta atroz de imaginación, se aburre mortalmente. Y ya empieza a resignarse a su propia mediocridad cuando, un domingo, como para intentar distraerse, decide seguir los consejos de los folletos publicitarios que le entregan por la calle: toma un baño caliente con masaje, se corta el pelo en un «lavatorio racional», almuerza en un restaurante vegetariano anti-alcohólico y finaliza la jornada asistiendo a una conferencia sobre salud sexual amenizada con una velada musical. Es entonces cuando aparece la pizpireta y alocada Elvire Barrochet, que le aborda en pleno Jardin des Plantes para hacerle la vida imposible.

Los domingos de Jean Dézert es un libro de un candor y una elegancia atemporales, que podría haber escrito el propio **Georges Perec**. Un tesoro procedente del corazón mismo de la más alocada y excéntrica *Belle Époque*. Traducido por **Lluís Maria Todó** (Barcelona, 1950), novelista, traductor, crítico y profesor universitario. Prólogo de **François Mauriac** (Burdeos, 1885): comenzó su carrera literaria como poeta, pero cosechó sus mayores éxitos como novelista. En 1933 fue elegido miembro de la Académie Française; en 1952 fue galardonado con el Nobel de Literatura y en 1958 recibió la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Lectulandia

Jean de La Ville de Mirmont

Los domingos de Jean Dézert

ePUB v1.0

Alfmorsaez 29.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Les Dimanches de Jean Dézert*
Jean de La Ville de Mirmont, enero de 2009.
Traducción: Lluís María Todó
Diseño/retoque portada: Alfmorsaez

Editor original: Alfmorsaez (v1.0)
ePub base v2.0

*Del linaje plebeyo no tengo que decir
sino que solo sirve de acrecentar el número*

CERVANTES

Prólogo

por François Mauriac

Aquel muchacho bordelés se sentaba en los mismos bancos que yo en la facultad; pero fue necesario nuestro encuentro en París para que cediéramos al deseo de conocernos. En provincias, entre dos estudiantes que se espían, cada uno puede creer que el otro le desprecia y no quiere entablar amistad con él. Jean de La Ville de Mirmont era hijo de un latinista famoso que ocupaba una cátedra en la universidad y que en el Consejo municipal se sentaba a la izquierda. En los exámenes, aquel hombre eminente se divertía haciendo rabiar (con simpatía) a los curas ruborizados y a los alumnos de los jesuitas con preguntas insidiosas; y yo temía que su hijo hubiese heredado su malicia. Yo venía del colegio de los marianistas; él del instituto. Los estudiantes de ahora no conocen aquel malestar que reinaba entre la juventud hacia esos años de 1905-1906. Las «dos Francias» se enfrentaban en todas partes. Pero yo tendría que haber intuido que aquel adolescente adorable, con los bolsillos deformados por los libros, vivía muy por encima de nuestras trifulcas. Yo era sensible a su gracia, a aquel aire de niño que había conservado; sin embargo, no me atrevía a ir más allá de los apretones de manos y las frases habituales.

París iba a reunirnos. Yo debo a París el conocimiento incluso de mis amigos bordeleses. Un solo encuentro con Jean de La Ville en la acera del bulevar Saint-Michel bastó para revelarnos aquella amistad que se había gestado lentamente sin que nos diéramos cuenta. Aquel día, subió hasta la habitación que entonces ocupaba yo en el Hôtel de l'Esperance, frente al Instituto católico, y leyó mis primeros versos: «En estos últimos tiempos he recuperado la relación con Mauriac», escribía el 31 de marzo de 1909 a Louis Piéchaud... «Intenta conocerlo durante los pocos días que pasará en Burdeos... Te contará nuestros paseos nocturnos por París hasta casi las tres de la madrugada, nuestras charlas junto al fuego, nuestros proyectos insensatos y nuestros entusiasmos ridículos...»

Aquel París de 1909 que descubríamos juntos también lo describe así en otra carta a Louis Piéchaud: «Me gusta París, el París frío de estos últimos días, con su cielo de cristal esmerilado, la grisalla clara de sus grandes bulevares y el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre el pavimento de madera; el París húmedo como hoy, cuando la noche cae de prisa y las farolas de gas tienen un halo transparente...».

Mientras yo me instalaba en la rue Vaneau, él se vino a vivir a la rue du Bac, a un apartamento bajo de techo en el que preparaba las oposiciones para entrar en la Prefectura del Sena. Pero la poesía lo ocupaba más que el derecho. Oí eternamente aquella salmodia, aquella voz extrañamente nasal y suave de Jean de La Ville, con el rostro envuelto en humo. Algunos poemas suyos, que no fueron recogidos en L'Horizon chimérique, conservan para mí la inflexión de su voz, hasta el punto de

que ninguna fotografía me lo evoca mejor que este único verso de un fragmento inédito: La mer des soirs d'été s'effeuille sur le sable...^[1]

Desde Ronsard y Du Bellay hasta Baudelaire y Rimbaud, bajábamos como jóvenes barcos ebrios por el río de la poesía francesa. Por más que fuéramos bastante severos con Ronsard, estábamos impresionados por la importancia que había adquirido Chantecler^[2] en el mundo. La noche del ensayo general, íbamos vagabundeando por los bulevares: «¡Y si resultara que es una obra maestra!», bromeaba Jean de La Ville. Nos sentamos en el Café Riche, esperando oír los comentarios de los espectadores a la salida. Entró una primera pareja, una anciana cubierta de perlas y un hombre gordo y gruñón; aguzamos el oído, pero se sentaron y encargaron ostras sin soltar una palabra.

De todos los poetas vivos, Jammes era el más apreciado: «En este momento yo veo Burdeos a través de Le Deuil des primevères», me confesaba Jean en octubre de 1909. «Es la época de la feria y del olor nuevo de los libros. El puerto está lleno de barcos de vela bretones, sucios y descoloridos por las brumas de Islandia...»

Vivía con la obsesión de viajar, de partir. Y en vano fingía reírse de su situación: «Mi visera de chupatintas brilla como una aureola por encima de este fastidioso trabajo, guiándome como la estrella de Belén...». En el fondo, él no creía en su destino de burócrata: iba a surgir algún acontecimiento, él no sabía cuál... ¿La gloria literaria...? Pero así como deseaba escribir bellos poemas, habría muerto antes que rebajarse a maniobrar. Era la gloria la que tenía que ir a buscarlo a él. En este aspecto, su delicadeza era muy orgullosa. Los muchachos de hoy día lo habrían escandalizado con su impaciencia. Lo que más le habría extrañado, me imagino, es su falta de auténtica ambición: «Estos días he construido bastantes versos», escribe a Louis Piéchaud, «pero para destruirlos inmediatamente. Creo que, para hacer las cosas bien, hay que ser difícil, muy difícil consigo mismo. Además, la obra fuerte y sabrosa es la que uno lleva durante mucho tiempo en la cabeza, donde tiene tiempo de madurar, y que un día uno trae al mundo laboriosamente. El único estudio, para el poeta, es el estudio de la vida; su labor más fecunda, vivir y vivir bien.»

Jean, severo consigo mismo, sólo sentía indulgencia hacia sus amigos, y el escritor en ciernes que era yo no lo escandalizaba. Para mi primer libro de versos había encontrado el título de Les Mains jointes (Las manos juntas); y cuando Barrès dedicó a esos balbuceos un artículo en L'Écho de Paris, recibí en Burdeos, a donde me habían llevado las vacaciones de Pascua, esta carta fraternal: «Mi viejo amigo, hoy, contra mi costumbre, he estado a punto de no comprar L'Écho de Paris. Pero antes de volver al trabajo, una especie de presentimiento me ha hecho volver sobre mis pasos hasta el quiosco... Estoy contento, muy contento... Si hubieras estado en la rue Vaneau, me habrías tenido en seguida en lo alto de tu escalera. El artículo de Barrès es encantador. Ese hombre desdeñoso te ha comprendido pero, sin

fanfarronería, yo creo comprenderte todavía mejor que él, porque yo no me pregunto, como él: “¿Qué camino quiere tomar?” ni “¿Qué será del encantador manantial?” Yo sé a dónde conduce el pliegue del terreno, aunque con el manantial me basta. Barrès cuenta con tu sentido común, tu razón; yo, en cambio, cuento con otras cosas. Además, sea lo que sea lo que él espera de tus “cuatro estaciones”, sea lo que sea lo que esperamos todos, me parece que jamás nada tuyo me gustará más que estas Mains jointes que he visto unirse en nuestra obscura amistad —y que esos versos que me leíste una vez en una habitación de hotel—. Te aprieto afectuosamente las manos sin desunirlas».

Aquello fue la primavera de nuestra amistad. Al año siguiente pasamos juntos las vacaciones de Pascua en esas Landas donde él inventaba juegos maravillosos para los niños de mi familia. Jugaba al salvaje, construía chozas y cabañas; la poesía había conservado intacta en él la gracia de la infancia. Aquel muchacho de veinte años, alto, de tez oscura, ojos ardientes y dulces, en un rostro redondo y neto, bajo unos cabellos negros como ala de cuervo, era semejante a uno de esos pequeños cuyos ángeles ven el rostro del padre. Los niños lo habían adoptado no como a una persona mayor, sino como a un igual capaz de comprender sus secretos; él no necesitaba ponerse a su altura. Corría con la misma alegría, con los mismos gritos, por el parque de pinos centenarios, y su risa tenía la misma inocencia.

Sin embargo vivía, amaba, sufría. Yo creo que sufrió mucho, que quiso sufrir mucho. Aquel soñador no esquivaba la vida. Todo le suponía enriquecimiento. Sus primeros trabajos no le satisficieron mucho, y nunca quiso ser leído por muchos. Los domingos de Jean Dézert se imprimió sólo para unos pocos. El Jean que se aprecia en el libro ya no es el que me recitaba versos en la rue du Bac. Había realizado su sueño de irse a vivir a la isla de Saint-Louis. En aquellas chalanas, en aquella agua dormida, sin duda le gustaba ver la imagen de su destino: viajero inmóvil, corsario condenado a no recorrer ningún mar. Pero pronto una marea enorme y terrible lo vendría a buscar en aquel muelle antiguo y tranquilo. Yo estaba a punto de casarme; creí que se alejaba de mí; tenía otros compañeros, yo lo acusaba de haber cambiado de amigos al cambiar de barrio. Pero, gracias a Dios, vino a verme en junio de 1914; se sentó en mi joven hogar; aquella tarde nos reencontramos. Nos separamos con la promesa de vernos más a menudo después de las vacaciones.

Así que se declaró la guerra, arregló sus papeles, reunió los versos que le parecieron dignos de sobrevivirle y corrió a las oficinas de reclutamiento para entrar en el servicio de las armas (del que había sido considerado incapaz por su extrema miopía). En este punto de nuestro relato debemos ceder el paso a la madre de Jean. Había que estar muy introducido en la intimidad de mi amigo para conocer la ternura infinita que profesaba a su madre. Me habló de ello en diversas ocasiones, como quien confiesa en voz baja su gran amor. Yo sé que ninguna bajeza, ninguna fealdad

destruía la confianza de Jean de La Ville en la vida, porque su madre existía. Ello significaba que existían la belleza, la virtud, el amor. Jean creía en Dios porque su madre rezaba a Dios. Solo ella es digna de contarnos la muerte de su hijo:

«En la trinchera de primera línea, detrás de la barrera de caballos de Frisia en los que se erizan inextricables redes de alambre espinoso, el sargento de Mirmont y sus hombres, reunidos para el turno de tres horas, están esperando de pie, con el morral al flanco y el arma a los pies. Desde hace un momento, el ejército alemán dispara furiosamente. El tiempo es frío pero hermoso. El sol todavía en lo alto ilumina el Camino de las Damas y da en las pocas cimas despojadas de los árboles del bosque de Baules, muy cerca de allí. El capitán Bordes, preocupado por su joven sargento, aparece en lo alto de la trinchera.»

—¿Eh, qué pasa con el relevo? ¿Ya ha llegado? —pregunta— ¿Sí? ¿Entonces vosotros os marcháis? Pronto será la hora. ¡Venga, marchaos!

—No, capitán, yo me quedo. Los alemanes parecen a punto de atacar y no quiero regalarles este trozo de pastel. Además, marchar bajo esta metralla sería tan peligroso como quedarse. Haremos el relevo a las seis... si podemos.

El capitán insiste, pero un obús cae muy cerca y le corta la palabra... Vuelve a su puesto de mando, no lejos de allí. Apenas llegado, una formidable detonación sacude el suelo: es uno de los primeros minenwerfers que dispara el enemigo... El capitán, obligado a dar órdenes, no puede separarse del teléfono. Al cabo de un momento, llega un camillero sin aliento:

—Mi capitán, el sargento de Mirmont ha quedado sepultado con dos hombres más.

Bordes regresa a toda prisa. A pesar del peligro, excavan el terreno. Los hombres están muertos. Sólo el sargento respira todavía. Sorprendido en actitud de combate, agachado, con la cabeza levantada y el arma hacia adelante, a punto de saltar, la enorme masa de tierra lo ha aplastado. El capitán manda llevarlo al puesto de mando y corre en busca de un médico. No hay nada que hacer: la columna vertebral se ha roto por la nuca. Bordes se acerca a su amigo; lo llama. Jean abre sus grandes ojos, por los que pasa un último brillo de inteligencia.

—¡Mamá! —murmura.

—Ella te da un beso —dice el capitán posando largamente sus labios en la frente del moribundo, que siente el beso y esboza una sonrisa.

*Sí, ella está allí, junto a él; él está como en sus brazos.
—¡Mamá, mamá! —repite todavía dos veces, y después se sume en el
coma...»*

En la mesa de trabajo donde el polvo depositó su lienzo, la madre encuentra esto:

*Cette fois, mon cœur, c'est le grand voyage;
Nos ne savons pas quand nous reviendrons.
Serons-nous plus fiers, plus fous ou plus sages?
Qu'importe, mon cœur, puisque nous partons!
Avant de partir, mets dans ton bagage
Les plus beaux désirs que nous offrirons.
Ne regrette rien, car d'autres visages
Et d'autres amours nous consoleront.
Cette fois, mon cœur, c'est le grand voyage.^[3]*

Estos poemas nostálgicos, estas prosas que reunimos, delatan unas influencias: Baudelaire, Laforgue, de las que Jean de La Ville se habría liberado. Pero son un magnífico testimonio de que con aquel joven desapareció todo un mundo de armonía y de vida. Algunos hermanos y hermanas de Jean Dézert fueron sepultados con él. Por encima de ese frente inmenso, desde Alsacia hasta el mar, morían las criaturas de todos esos creadores inmolados. L'Horizon chimérique es esa caracola en la que ruge un océano: la obra de Jean de La Ville que no nacerá jamás. Sin embargo, recordemos a Maurice de Guérin. Bastó un libro tan frágil como este para que su recuerdo se haya conservado. Les Reliquiae de Jean tendrán ese feliz destino. A Fauré, poco antes de morir, L'Horizon chimérique le inspiró sus últimas melodías: llevados por esa música desgarradora, los versos de nuestro amigo llegarán a unos corazones que, sin ella, no los habrían conocido.

La muerte destruye, pero la vida degrada. «Sorprendido en actitud de combate, agachado, con la cabeza levantada y el arma hacia adelante, a punto de saltar...» la muerte fijó a Jean de La Ville en esta postura, para la eternidad. En la orilla que algún día abordaremos, reconoceremos ante todo a ese joven eterno. Pero él tal vez no nos reconocerá.

*En una palabra, la naturaleza de las cosas
y la experiencia me convencieron,
después de maduras reflexiones,
de que en este mundo las cosas solo son buenas,
en relación a nosotros,
según el uso que hacemos de ellas.*

AVENTURAS DE ROBINSON CRUSOE
(CAP. XVI)

Capítulo 1

DEFINICIÓN DE JEAN DÉZERT

Vamos a llamar a ese joven Jean Dézert.

A menos de tropezar con él, nadie lo distinguiría entre la multitud, de tan incoloro como va vestido. Lleva un cuello postizo demasiado grande y una corbata cualquiera. Las perneras de su pantalón, así como las mangas de su chaqueta, se arrugan por sí mismas en las rodillas y en los codos. Sus pies caben cómodamente en unos zapatos cansados.

¿Qué más decir para describirlo, sino que en su rostro alargado, de mejillas cuidadosamente afeitadas, solo llama la atención el enorme bigote? Cuesta concebir su función, incluso su utilidad, en una fisonomía de aspecto tan discreto.

La delgadez de Jean Dézert explica por qué no ha servido a la patria. Por lo demás, hace poco ejercicio físico, al estar empleado en el ministerio de Estímulo al Bien (Dirección de Material).

Su vida —tal vez más adelante sacaremos de ella informaciones útiles— no ofrece nada que no sea muy mediocre, en apariencia. Habita en la rue du Bac, en un quinto piso, enfrente del Petit Saint-Thomas —y sin idea preconcebida. Tiene una asistenta que le barre la habitación y el vestíbulo, le hace la cama, le cepilla la ropa y sacude la alfombra en el patio común del edificio. Se llama Angèle. Es viuda.

La única originalidad del piso consiste en la poca elevación del techo. Si Jean Dézert se subiera a una silla, se vería en la obligación de agachar la cabeza. Pero el deseo de intentar esa experiencia, como tantas otras, nunca se le ha presentado. Las personas con imaginación, en su casa, creerían estar en el entrepuente de un velero. Y el caso es que un declive transversal del suelo —imputable, en realidad, mucho más a la vejez de la casa que al movimiento del mar— parecería confirmar la hipótesis.

Por suerte, con el mobiliario todo vuelve a la normalidad. Incluso hay una pandereta en la chimenea, y dos vistas de Suiza colgadas en una pared. Además, cuando se aburre en casa, Jean Dézert, desde la ventana, puede explorar la rue du Bac hasta el bulevar Saint-Germain. La gente, allí abajo, circula, comercial y apresurada. Los días de aguaceros y barro, solo se conoce de ella la marea monótona de sus anónimos paraguas. Pero, con cualquier clima, los coches de los repartidores disputan la calzada a los demás vehículos.

Muy avanzada la noche, Jean Dézert oye, a través del sueño, el cascabel que tintinea y el pobre trote de un caballo. Después estalla la bocina de un automóvil, de vuelta de los barrios donde la gente se divierte hasta tarde.

Jean Dézert se levanta a las ocho. Se prepara él mismo el café con leche, en la cocina de gas. A las nueve en punto se dirige a su oficina, en la rue Vaneau. Almuerza distraídamente en una mantequería. Muy raras veces tiene la oportunidad de cenar

con sus colegas, pues no le gusta la malilla ni la política, y no sabe discutir.

Su trabajo no le ocupa mucho el pensamiento. Se trata de rellenar impresos, comunicar, o transmitir, según los casos, documentos a otros servicios. Y además no hay que olvidar la diferencia que existe entre las fórmulas «dar a conocer» y «hacer saber».

La fantasía está bien fuera de las horas de oficina, y especialmente los domingos. El domingo es la vida entera para Jean Dézert. A él le gusta ese día que pocas personas comprenden. Él no se cansa de recorrer y errar a lo largo de los grandes bulevares. Si estuviera casado, empujaría un cochecito de niños, como un papá cualquiera.

En los tiempos del ómnibus, sentado en la imperial, le gustaba seguir los trayectos desde el principio hasta el final. Así leyó una cantidad considerable de anuncios y meditó sobre los nombres de muchos empresarios.

Estas son sus diversiones. Tiene todo el derecho a escogerlas. En cuanto a sus pasiones amorosas, las mantiene en un estricto misterio. Como mucho, confesaría que en el turbio amanecer de su nubilidad amó a una maestra alemana y cortejó a una dependienta. Por lo demás (añade por modestia), fue el azar quien lo hizo todo; sin la fuerza de las circunstancias, una mecanógrafa o un profesora de piano habrían jugado el mismo papel en su ordenada existencia.

Jean Dézert no habla jamás de su familia. He sabido que vino a este mundo en una gran ciudad del suroeste. Su padre ocupaba el puesto de subdirector de la fábrica de gas. Al otro lado de la calle estaba el cementerio protestante. Llovió mucha carbonilla en su infancia limitada por un horizonte de cipreses. Este dato nos resultaría muy valioso para un estudio del carácter de Jean Dézert. Por lo menos, nos ayudaría a comprender la paciencia y resignación de su alma, la modestia de sus deseos y la pereza triste de su imaginación. Puesto que, fíjense bien, Jean Dézert nunca realizó ningún viaje largo en sueños. ¿Piensa siquiera que existe una estrella en la que la gente se ama para siempre?

Sus ojos no se apartan de la tierra, su mirada no se eleva por encima de este mundo donde, así como algunos son actores y otros espectadores, él no es más que un figurante. ¡Oh, a él le daría igual ir disfrazado de campesino suizo, de gentilhomme hugonote o de guerrero egipcio! En efecto, se parece a esos coristas de los teatros de ópera que, mientras piensan en sus asuntos personales, abren la boca al mismo tiempo que los demás fingiendo que cantan con ellos. Él ejecuta todos los gestos necesarios y no retrocede ante ninguna concesión.

Cuando llueve, abre el paraguas y se remanga los bajos del pantalón.

Evita los coches y no responde a las frases algo fuertes de los conductores.

Saluda al portero y se interesa por su salud.

Se mezcla con los grupos que rodean a los buhoneros o a los vendedores de

canciones.

En varias ocasiones ha actuado como testigo en accidentes de tráfico.

Pero, sobre todo, Jean Dézert hace suya una gran virtud: él sabe esperar. Durante toda la semana espera el domingo. En su ministerio, espera el ascenso, mientras espera la jubilación. Una vez jubilado, esperará la muerte. Él considera la vida una sala de espera para viajeros de tercera clase. Una vez adquirido el billete, no le queda más que, sin moverse, mirar pasar a los ferroviarios por el andén. Un empleado le avisará cuando arranque el tren; pero él no sabe hacia qué estación.

Jean Dézert no es ambicioso. Ha comprendido que las estrellas son innumerables. Así que, a falta de algo mejor, se limita a contar las farolas de los muelles en las tardes de aburrimiento.

Jean Dézert no tiene envidia, ni siquiera de aquellos que detentan la verdad. Sin embargo, tendría razones para envidiar a su amigo Léon Duborjal (un cerebro bien equilibrado), licenciado en la escuela Pigier, que sabe estenografía, progresa cada día en esperanto, sabrá agarrar la vida por el lado bueno, y triunfará en el comercio.

Sí, Jean Dézert es un resignado. Ha dado la vuelta, sin prisas, a sus propiedades y ha perdido cualquier ilusión sobre las dimensiones del jardín, la fertilidad de sus plantas y el pintoresquismo de las perspectivas. Se resigna, y cuando esté harto de escupir en el estanque —para distraerse— se paseará con las manos en los bolsillos junto a los parterres, sin preocuparse por nada y sin mala intención.

Capítulo 2

JORNADAS

I

Ha empezado la lluvia, lluvia de otoño, sin remisión, definitiva. Llueve en todas partes, en París, en las afueras, en las provincias. Llueve en las calles y en las plazas, sobre los simones y sobre los transeúntes, sobre el Sena, que no lo necesita. Unos trenes salen de las estaciones silbando; otros los substituyen. Hay gente que se va, gente que vuelve, gente que nace y gente que muere. El número de almas seguirá siendo el mismo. Y llegó la hora del aperitivo.

La gente vive, circula, se cruza sin conocerse a la luz de los escaparates. Miles de pies mezclan el barro de todos los barrios y lo amasan para convertirlo en esa pasta uniforme que mañana por la mañana habrá que cepillar en los zapatos aún húmedos. Los vendedores de prensa gritan los periódicos de la tarde: *Revolución en Nicaragua, la Bolsa, los Estrenos. Un notario atropellado en Neuilly. Explota una fábrica en América —trescientos muertos.* Pero eso queda demasiado lejos.

Jean Dézert cierra el paraguas.

Después entra en su mantequería, en la rue du Bac, a dos pasos de su casa. En el cristal esmerilado de la puerta, se puede leer:

CHÊNEDOIT

Café, leche, chocolate, huevos a cualquier hora.

Plato del día.

En el interior, solo están encendidas la lámpara colgada encima del mostrador que preside madame Chênedit con delantal blanco, y la que ilumina el fondo de la pieza.

Jean Dézert llega temprano, a causa de la lluvia. Pero Léon Duborjal le ha tomado la delantera, a causa de sus proyectos. Come de prisa y lee *Les Nouvelles sportives* cuyo papel rosa se extiende sobre el mármol de la mesa.

—¿Qué tal? —pregunta Jean Dézert.

—Nada nuevo. Bueno, sí. Las carreras empiezan el domingo, en el Hipódromo de Invierno.

—¡Ah!

Jean Dézert desdobra la servilleta, mira la carta —puro formulismo— y pide dos huevos al plato, como cada noche.

—También habrá patinaje —añade Léon Duborjal.

Léon Duborjal es amigo de Jean Dézert, porque ambos cenan en el mismo local desde hace casi tres años. Es el único amigo de Jean Dézert. Pero solo se los ve juntos en el restaurante. Cada uno es para el otro un accesorio de la comida; uno habla, el otro escucha.

—Esta mañana he cobrado una prima de seguro. En la consulta de un médico. Me ha recibido con sus pacientes. Lo importante es ir bien vestido, porque hay que causar buena impresión.

O bien:

—He conocido a un joven. Está bien relacionado y no es ningún tonto. Un día de estos voy a invitarle a comer en los bulevares; quizá algún día me sea útil.

O también:

—¿Te acuerdas de aquella chica, la pequeña Marcelle? Te hablé de ella, vive en la rue de la Paix. Pues figúrate, un tío va a mantenerla. Es una gran tontería dar dinero a las mujeres. Yo ni siquiera tengo tiempo de sacarlas a pasear.

—¿Qué libro es ese? —pregunta Jean Dézert señalando un folleto amarillo colocado al lado del plato de su amigo.

—Un nuevo manual de estenografía, muy inteligente. Contiene ejercicios divertidos y variados; por ejemplo, este relato que puede servir como dictado para aprender el uso de los sonidos: i, e, a, así como las elles. Voy a leerte algunas líneas, verás. Se trata de una santa: *Mas, a la mitad del día, alarmada e inquieta, exclama: ¿Qué es esta claridad? ¿Se trata de electricidad? ¿Refleja la eternidad? ¡Es el éxtasis! ¡Enigmas y perplejidades! ¡Esas maravillas! El ala ligera de las almas celestes hace vibrar las liras divinas y las vírgenes de las místicas salas repiten mil y mil cantares de ángeles que repiten sin cesar las vírgenes exiladas de la tierra.* Parece fácil, pero no lo es, fíjate, no hay ni una sola o ni una sola u, y un solo diptongo: ie. Y sin embargo está bien escrito.

—Pues sí. ¿Y te va bien, el trabajo?

—Aprendo con facilidad. Y al mismo tiempo el estudio me distrae. Además, nunca se sabe lo que puede pasar. En los negocios, es conveniente tocar varias teclas

a la vez.

Léon Duborjal ha acabado de cenar. Se levanta.

—¿Ya te vas?

—Tengo que irme. Voy a trabajar un poquito y me acostaré temprano. Mañana hay que madrugar.

—¿Para qué?

—Para hacer mi vida.

—¿Mañana?

—Un poco mañana, otro poco pasado.

—¿Y eso te gusta?

—Me interesa.

«En el fondo, nos parecemos mucho, él y yo», piensa Jean Dézert. «Solo que él no se lo imagina.»

Una vez terminado el café, sigue lloviendo. ¿Adónde ir? Jean Dézert regresa a su casa. Enciende la lámpara de petróleo, se instala ante su mesa. Frente a él, a través de los visillos de la ventana, el anuncio luminoso del Petit Saint-Thomas brilla y se apaga, blanco, rojo, como la luz de un faro con eclipses.

El reloj de péndulo del piso contiguo toca gravemente la media de una hora cualquiera. El comandante retirado del cuarto empieza sus ejercicios de piano con un solo dedo: *Ah vous dirai-je maman?*

Jean Dézert abre la agenda de cantos dorados que ha convertido en su libro de cuentas. En la página: *10 de octubre, San Paulino*, anota: Nada. Después se fuma un cigarrillo, pues no tiene nada mejor que hacer antes de irse a dormir.

II

Cuando uno penetra en la oficina de Jean Dézert, debe fijarse ante todo en el gran gesto inútil y complicado que se ve obligado a hacer el tubo de la estufa a fin de llegar, por encima de los ficheros, al orificio que se ha practicado en la pared para que pase. Esta estufa no es únicamente un emblema. Tiene su importancia durante el invierno. El botones, cada mañana, la enciende con un ejemplar de *L'Officiel*.

Durante todo el día va ardiendo en silencio, mientras se evapora lentamente el agua tibia del hervidor de hierro estañado. Su vida interior se manifiesta a su alrededor por un calor sordo y, sobre todo, por un olor a carbón que se suma a los aromas habituales de la tinta, el papel viejo y el tabaco.

Además de la caldera, Jean Dézert cuenta con otro compañero de trabajo. ¿Para qué describirlo? No se le ve jamás. Para evitar las corrientes de aire, que teme por su reuma, se pasa la vida oculto tras un biombo forrado de papel gris. Habitualmente tan solo revela su presencia por el rechinar de su pluma, pues hace años que renunció a discutir con su colega de política exterior o sobre los nuevos armamentos de Alemania.

Hoy Jean Dézert ha terminado pronto la tarea impuesta a su celo cotidiano. Le quedan aún unos cuarenta y cinco minutos antes de pensar en salir. Mira la ventana con rejas que da a la rue Vanneau, brillante y tranquila entre dos chaparrones. Mira el techo, sucio pero indescifrable. Mira la mesa; todo está en orden, bajo la luz de gas, los sellos y los raspadores, el bote de pegamento y el tintero. En el papel secante, una mancha de tinta imita, si uno quiere, la forma de una cabeza humana. Jean Dézert culmina la semejanza añadiendo una pipa y un sombrero. Pero se le ocurre una idea.

—Voy a escribir versos, así estaré ocupado.

Toma una hoja de papel oficial, con membrete. Arriba del todo, inscribe en letra redonda:

*Quand le soir suspendra son voile aux cartons verts
Lorsqu'il sera temps d'allumer les bec auërs,
Demain et tous les jours suivants à pareille heure
Mon âme ne sera ni pire ni meilleure...^[1]*

La voz de su vecino, detrás del biombo, le interrumpe en este punto. Si habla, es porque es urgente.

—¡Dézert! ¿Me permite que le tutee durante un minuto? Bien, pues supón que te llamas Vaneau, como la calle, y que tienes la sarna. Entonces yo te presento una silla y te digo: puesto que tienes la sarna, Vaneau, ¡colócate en ella!

—¡Qué imaginación! —responde Jean Dézert.

—Eso no es nada. Se me ocurrían muchas así en la cantina de suboficiales.

Vuelve a caer el silencio. Después, se entreabre la puerta. Aparece, furtivo, monsieur Bênoit, subdirector. Digamos tan solo que es un ser flemático, de estatura media, pelo gris, tez gris, los puños de la camisa grises, que se expresa arrastrando las

frases y siempre está chupando algo, un lápiz o un puro apagado.

—Dézert, ¿tiene la nota de la Dirección de Legados, con fecha del veinte de los corrientes?

—Voy a ver, señor.

Por milagro, la nota en cuestión se encuentra en la primera carpeta que abre Jean Dézert. Monsieur Bênoit la coge y se retira tal como ha venido, sin añadir nada más.

—No se vaya a creer que la necesitaba —prosigue la voz detrás del biombo—. Entraba sólo para saber si usted estaba todavía aquí. Hace años que lo conozco.

Jean Dézert quiere continuar su poesía fugitiva.

Encuentra otros dos versos:

*Conscient de mon rôle obscur, jusqu'à la mort,
J'écrirai des projets, des notes, des rapports...*^[2]

Después la inspiración se le acaba en seco, agotada. Él no insiste. Es algo que no forma parte de sus costumbres. Hace una bola con el papel y lo tira a la papelera.

Otros veinte minutos.

Se acuerda de momentos similares en el aula de estudio del colegio en el que aprendió la paciencia.

—No ha llovido poco desde entonces —piensa.

¡Oh, Jean Dézert, cuántas horas dedicadas a levantar una pared vacía ante ti! ¡Y cuántas todavía en el futuro!

III

A ojos de los libreros de lance del quai Voltaire, Jean Dézert pasa sin problemas por el joven culto que, a última hora de las tardes de verano, hojea sin preferencias una gramática inglesa o algún tomo suelto del Anuario de las longitudes. Sin

embargo, de vez en cuando elige una novela entre todos los demás libros, y consulta el índice.

—Si yo escribiera —piensa entonces—, sólo compondría colecciones de cuentos o relatos cortos. Estos autores no tienen noción de la realidad. No prevén —tal como haría yo en su lugar— el destino inevitable de sus obras. ¿Se creen con derecho a exigir al transeúnte, su futuro lector, que se interese, de pie y apoyado en el parapeto de un puente, por una intriga que se desarrolla en numerosos capítulos? Los poetas lo hacen mejor. Con ellos se ve en seguida adónde quieren llegar. Y eso que no siempre lo hacen a propósito.

Pero Jean Dézert no se entretiene en semejantes reflexiones. Se pasea de seis a siete por razones de higiene, antes de la cena. Bordea con paso regular las cajas reservadas al sueño de los libros, y si observa la semejanza de esos puestos con las playas en la marea baja, después de una tempestad en la que sucumbieron muchos barcos, no lo hace para deducir fáciles conclusiones sobre la vanidad de las ambiciones humanas. Constata y basta: su papel nunca llega más lejos.

Sería erróneo, sin embargo, pensar que no saca ningún provecho de esos instantes que pasa en los muelles, entre el Pont des Saints-Pères y el Pont Royal. Puesto que un día descubrió, bajo un montón de libros a cuatro perras, un delgado volumen impreso en Londres en el siglo XVIII y titulado: *La Morale de Confucius. Philosophie de la Chine*.

«*La obra que damos al público*», decía el prefacio, «*es bastante pequeña si se atiende al número de páginas, pero muy grande, sin duda, si se considera la importancia de lo que contiene.*»

Abrió al azar y leyó algunas máximas:

«*Un magistrado debe honrar a su padre y a su madre*», afirmaba la primera.

«*Hay tres cosas que el sabio debe venerar: las leyes del Cielo, los grandes hombres y las palabras de las personas de bien*», enunciaba una segunda.

Jean Dézert apreció el sentido y la pertinencia de aquellos consejos. Correspondían con bastante exactitud a los principios rectores de su vida moral. Pero la tercera frase en la que se detuvo le pareció como la síntesis misma de todas sus concepciones del mundo:

«*Cuando no se puede aportar ningún remedio a un mal, es inútil buscarlo*».

Es todo lo que necesitaba para comprar el volumen y colocarlo, en su casa, sobre

la mesita de noche, entre la palmatoria y el frasco de agua de azahar. Desde aquel día, no cesa de referirse a él para su gobierno cotidiano.

IV

Entre muchas hojas blancas, las agendas en las que Jean Dézert, tal como ya vimos, cuenta cada noche sus memorias, ofrecen, de vez en cuando, algunas páginas cubiertas con una escritura regular (administrativa, si no comercial), en cuyo trazado los grafólogos más atentos no distinguirían ninguno de los signos que delatan habitualmente la locura o el genio. A pesar de ello, y aunque sea por su mero valor documental y anecdótico, algunas merecen ser reproducidas.

15 DE NOVIEMBRE DE 19... DOMINGO

Mal tiempo, ligero catarro.

Al despertar, recibo dos cartas: la primera, de un carbonero al por mayor y al por menor, que me ofrece sus servicios. La segunda, de un sastre a medida que ofrece crédito a los empleados de la administración.

Después he pintado de nuevo (rojo Andrinópolis) el aparador de la cocina. Los pintores tienen suerte. No tienen necesidad de pensar mucho en lo que están haciendo. Y su trabajo obtiene resultados inmediatos.

A las diez treinta ha llegado Angèle, para hacer mi habitación; hemos estado charlando. Parece ser que su hija menor, la que trabaja como manipuladora, va a casarse con un electricista, muy serio, y que no bebe.

Almuerzo frío. Después, me fumo una pipa. Empiezo la lectura del tercer volumen de Les Incas de Marmontel. Me tomo un té muy caliente, por lo del catarro.

Entre las cuatro y las cinco, tres caballos de simón, uno blanco, han resbalado sobre la calzada húmeda, delante de casa. Ninguno se ha hecho daño.

Hacia las seis y cuarto, llaman a la puerta. Una distinguida joven, vestida de luto, pregunta por monsieur Moreau, el abogado en prácticas. Es en el piso de abajo. Yo soy Jean Dézert. ¿Quién vendría a verme a mí?

A las siete, la cena de siempre, en la mantequería Chênedit; Léon Duborjal lleva chaqué. Se ha cortado el bigote; el toque americano le irá bien, dice. Ahora lleva un nuevo dije, una medalla de cobre que data de la Exposición Universal de 1889. Lleva escritas estas palabras como exergo: «Recuerdo de mi primera ascensión a la torre Eiffel». Recibió el objeto como herencia de un tío suyo recaudador de impuestos en Poitiers que, como él, amaba la ciencia y el progreso.

Después de cenar, Léon Duborjal me dice: «Un domingo por la noche no te puedes acostar así, hombre. Ven a dar una vuelta». Salimos. En la Place de la République entramos a tomarnos una leche caliente en La Merveille des Mers. En este bar, un barco (con velas) hace las veces de mostrador. Las paredes están tapizadas de conchas de ostra, para representar el fondo del mar. Es muy original y está muy bien imitado. Léon Duborjal afirma que le gustaría ser oficial a bordo de un submarino. No me extraña nada. Tiene unos gustos universales. Son las doce. Me voy a acostar.

Este cuaderno de bitácora a veces solo contiene simples notas, como éstas:

30 DE ENERO DE 19...

Mi colega Dubois está entre los ganadores de este año de las palmas académicas. El jefe de negociado le dedicará delante de todos nosotros, en su despacho, una pequeña alocución. Aunque no estoy en absoluto celoso, me viene a la cabeza este pensamiento de Confucio:

«No te aflijas por no haber sido elevado a las grandezas y dignidades públicas; más bien gime porque tal vez no eres digno de haberlas alcanzado».

8 DE FEBRERO DE 19...

Paciencia de las lluvias de invierno, no conseguiréis sacarme de mis casillas.

5 DE MAYO.— DOMINGO.

Elecciones municipales. He votado en una escuela.

14 DE JULIO.

Había banderas en Notre-Dame y bandas de música en las plazas. Pero yo no sé bailar...

Y así sucesivamente. Si Jean Dézert fuera una marioneta, yo diría que le faltan algunos hilos, porque, en verdad, el Dueño de nuestros Destinos parece tirar siempre del mismo.

V

Jean Dézert, tanto por pura cortesía como por simple distracción, no rechaza jamás los prospectos que le ofrecen en las aceras ancianos venidos a menos, pródigos y mal vestidos. Coge todos los papeles y se los mete en un bolsillo. De vuelta a casa, los encuentra al buscar el pañuelo; entonces los desdobra, los cuenta y los clasifica, pero solo se guarda los más interesantes.

Un sábado por la noche, al consultar la carpeta antes de acostarse, comprendió que para emplear la jornada del domingo de una manera a la vez ingeniosa e instructiva, bastaría con que siguiera los consejos prodigados en algunas de aquellas hojas gratuitas. Al día siguiente, el timbre niquelado del despertador le sobresaltó más pronto que de costumbre. Salió de la cama, se puso las zapatillas, abrió los postigos de la ventana y procedió rápidamente a asearse tarareando delante del lavabo este estribillo cuyas palabras repite desde hace mucho tiempo sin darles ningún sentido, y para las cuales cada día inventa una melodía nueva, en consonancia con el estado de sus sentimientos:

À la Monaco,

L'on chasse et l'on déchasse
À la Monaco,
L'on chasse comme il faut. [3]

Después bajó a la calle y se dirigió hacia el Barrio Latino. Era uno de esos días — se ven muchos así durante el año— en los que la aguja del barómetro permanece invariablemente fija en la palabra: «variable». Era, sin embargo, un buen día: un domingo, para ser exactos.

El azar había esparcido algunos transeúntes a lo largo del bulevar Saint-Michel, que olía al polvo frío de la mañana. Algunos (al acercarse el tiempo de las cerezas) se apresuraban a acudir a los prados donde se come sobre la hierba. Varios de ellos volvían a casa llevando todavía en la boca el recuerdo del tabaco, el vino y otros placeres de la noche. No estamos hablando, claro está, de los que no iban a ninguna parte, ni de los que estaban esperando el tranvía Montrouge-Gare de l'Est, ni del barrendero que regaba la calle, ni del guardia que lo miraba todo. Cerca de un quiosco de periódicos, una anciana vendía flores, como los locos venden cordura. Jean Dézert escogió de la cesta dos ramitas de muguete —los primeros de la temporada— y se las puso en el ojal, para demostrarse a sí mismo, sin la menor duda, que creía en la primavera. Además, como se había concedido un día entero de distracciones, no reparaba en gastos. Pero convenía proceder por orden. El primer prospecto llevaba la indicación:

PISCINAS DE ORIENTE
Baños calientes para ambos sexos
A cualquier hora
Confort moderno
Masaje dado por ciegos

La dirección era la rue Monge. No cabía la menor vacilación.

Desde la puerta de estilo bizantino hasta las banquetas de terciopelo rojo del vestíbulo, el establecimiento, a primera vista, parecía cumplir sus promesas de confort. Una señorita respetable en todos los aspectos y que llevaba, para más garantía incluso, unos quevedos de concha, entregó a Jean Dézert una ficha metálica, al tiempo que le rogaba tuviera la bondad de esperar. Finalmente le llegó el turno,

cuando hubo dejado pasar a varias personas de diversa edad y condición, pero reunidas allí mismo antes que él por un mismo y matutino deseo de limpieza dominical. Un muchacho con desnudos brazos de legionario romano lo introdujo en la cabina, donde humeaba una bañera, bajo la doble cascada de los grifos de cobre. Jean Dézert se enteró entonces de que el masajista habitualmente empleado en la casa los domingos trabajaba por su cuenta. Aceptó aquel contratiempo con su filosofía habitual.

«He aquí un misterio más que tardaré en aclarar», pensó, estirando entre la tibieza y bajo la transparencia del agua su cuerpo delgado, aligerado de una parte notable de su gravedad terrestre.

«Recibir un masaje o no, aunque me lo dé un ciego, a pesar de lo que semejante refinamiento supone de profunda decadencia latina, ¿qué más me da en realidad? Pero hay un punto que me habría gustado dilucidar. El destino de este especialista citado en plural en el prospecto (otra exigencia de la publicidad actual) excita vivamente mi interés. Su ceguera, ¿fue un obstáculo en su carrera? ¿Tuvo que luchar contra la inferioridad que le causaba la ceguera para alcanzar el dominio de su oficio? ¿No podría ser, al contrario (y creo que ahí estoy dando con la verdad) esa inferioridad lo que hubiera determinado su vocación, al crearle unas aptitudes particulares? Los ciegos, según dicen, poseen un tacto notable. De este modo, acaso privaron a ese pobre hombre de la vista, según el procedimiento que usan los pajareros con los pinzones para hacerlos cantar. Y ¿se parece, en fin, a la imagen que me he hecho del famoso afinador del que habla Marcel Prévost? Esto es todo lo que me gustaría saber.»

Sin duda, Jean Dézert habría podido preguntar al mozo cuando acudió dócil al campanillazo para ofrecerle un albornoz caliente. Pero prefirió permanecer en la duda y reservar así para ocios futuros algún tema de reflexión.

Una vez seco y vestido de nuevo, como le quedaba tiempo suficiente antes de la hora del almuerzo, tomó la decisión de llegarse a pie hasta el «salón racional, corte 50 céntimos, barba 25 céntimos, cuidados antisépticos», de la rue du Faubourg-Montmartre, que constituía el nº 2 de su programa.

Allí tuvo la suerte de ser recibido por el jefe en persona, originario de Toulouse, tenor en sus ratos perdidos, y de una fisonomía tan clásica, realmente, que no podía más que seducir a un espíritu enamorado del orden y la tradición.

—Señor —dijo el peluquero a su nuevo parroquiano, ofreciéndole un asiento—. Sin duda viene por el pelo. ¿Qué corte desea?

—El mismo —respondió Jean Dézert. (No quería tener que elegir.)—. O si no como usted quiera.

—Lo que pretendemos ante todo es satisfacer al cliente. Pero además, tiene que ser muy consciente de lo que le sienta bien. Permítame, pues, que le indique las

diversas maneras como puedo peinarle. Para empezar, mire usted esta fotografía del boxeador Carpentier. Fíjese, la raya en medio, corto por los lados. Queda muy deportivo, se lleva mucho, me lo pide mucha gente, sobre todo gente joven. Sin embargo, no le aconsejo mucho ese corte. Primero debería consentir que le cortara el bigote. Y, además, no le quedaría bien: no tiene los maxilares suficientemente desarrollados, su mentón no es lo bastante enérgico... Sí, yo soy muy fisonomista.

»Este retrato es del actor André Brulé en *L'Enfant de l'Amour*. La raya a un lado, los cabellos ligeramente ahuecados encima de las orejas. Un corte así debe ser ejecutado con gran cuidado. Añadiremos que suele gustar mucho a las señoras. Tampoco se lo aconsejo, dada la rigidez de sus cabellos. No se reconoce la importancia de los peluqueros, señor mío. Me atrevo a decir que mi arte obtendría unos resultados más interesantes si el cliente se prestara más.

»Naturalmente, me pongo a su disposición para realizar en usted el tipo que más le plazca: a lo artista, a lo Capoul, a lo Paulus, a lo Mayol, a lo Rostand; o, incluso, el pelo en cepillo. Esta última opción le agrandaría la frente y no le sentaría mal a la forma de su cráneo, un poco achatado por arriba, ¿verdad? Pero si usted, deseoso de apartarse de la rutina, prefiere algo más nuevo y más personal...

—Señor, córteme el pelo al rape.

—Muy bien. Entonces diremos: ¡a lo Charles Baudelaire! —ordenó el jefe de peluqueros encomendando a Jean Dézert a la diligencia de un mozo; el cliente se puso en sus manos, contento de que alguien se ocupara de él sin que tuviera que pensar en nada.

La operación apenas llegaba a su término, cuando comprendió el error que había cometido al decidirse demasiado de prisa con un evidente objetivo de transacción. Con el pelo al rape, estaba horrible en el espejo. Pero su reloj de acero bronceado marcaba las 11.10. Y él tenía que almorzar en el «restaurante vegetariano, antialcohólico, especialidades higiénicas —aparatos y utensilios para la economía culinaria—, ropa interior porosa», hacia el final de la rue Vaugirard.

—No todos los días son de fiesta. Estoy en París tan sólo para pasearme, lejos de mis carpetas verdes; sin embargo, he decidido pasearme con método, y no apartarme ni un ápice de mi horario. Si me doy prisa, llegaré en el momento justo.

Tomó calles, calles y más calles. Tardes de domingo. La ciudad está muerta. Se come en casa de los suegros, antes de salir a pasear por el parque. No se mira el reloj, ni siquiera en las tascas con menú a 1 franco 25.

Una mujer vestida como una enfermera ofreció la carta a Jean Dézert. Manjares de nombres desconocidos estaban escritos en caracteres pequeños. Debían de estar contenidos en aquellos frascos colocados alrededor de las paredes, en estantes. Como el ejercicio le había abierto el apetito, escogió al azar una *nuto-crema de cacahuètes*, un *protose de piñones*, una *nutolena*, un *fibrose*, germen de soja y mantequilla de

plátano.

Pero la cosa era mucho más complicada. La camarera le hizo notar que en el reverso del menú se hallaba el baremo que indicaba el número de calorías que debía ingerir un adulto según su peso, y el número de calorías que contenía cada plato. «Estoy en el país de Laputa», pensó Jean Dézert, que había recibido un volumen expurgado de Swift como premio de consolación en cuarto curso. Así pues, se sacó de la chaqueta una libreta y un lápiz. El total de la primera suma superaba en cerca de mil quinientas calorías la cifra deseada. Hubo que restar el postre, una entrada y una verdura, y después sumar unos rábanos. Se equivocó, volvió a empezar, y por fin dio con el resultado justo. La enfermera llevó el encargo a una cocina que se abría como un armario al fondo del comedor.

El restaurante se iba llenando poco a poco de muchachas rusas, daneses de pelo pálido, ancianos difícilmente definibles. Pero allí reinaba el más profundo silencio. En la mesa contigua a la de Jean Dézert, un hombre que se distinguía por su larga barba y sus mejillas enjutas cortaba en finas rebanadas un pan redondo colocado delante de él. Jean Dézert le pidió el salero para los rábanos. Incluso se atrevió, al verlo tan triste, a hacerle unas preguntas:

—¿Usted sólo come pan?

—Pan integral. Solo aquí lo tienen bueno.

—¿Es un régimen?

—Sí y no. A decir verdad, es el único alimento posible para un hombre sensato. Lo he probado todo. Durante tres meses, comí unos sesenta plátanos al día. Mi pensamiento se hacía espeso; me pasé al pan.

—¿Y le sienta bien?

—Me he vuelto muy dulce.

Jean Dézert no consideró, en suma, que pudiera quejarse de aquel almuerzo, que incluso le pareció, a pesar de los términos empleados para designar las cosas, de una digestión fácil. Para terminar, se tomó una taza de café descafeinado, aunque sin demorarse mucho, porque en aquel establecimiento, por medida higiénica, no se permitía fumar.

A partir de entonces empezó la tarde. No iba a ser menos rica en acontecimientos que la mañana.

Un nuevo paseo, pero esta vez entre la marea ascendente de la multitud, condujo a Jean Dézert por el bulevar Sebastopol. En efecto, en la esquina de esta arteria con la rue Réaumur, madame Theresa de Haarlem, sujeto sensible de una clarividencia extraordinaria, recibe todos los días de nueve de la mañana a ocho de la tarde, a fin de dar sabios consejos y valiosas enseñanzas sobre matrimonios, herencias, afecciones, enfermedades, crianzas, juicios, pérdidas, empresas, asuntos de comercio, bolsa y fatalidad. También devuelve amistades perdidas. Al menos, eso afirma una placa

esmaltada, fijada con tornillos en la puerta a la que Jean Dézert viene a llamar, después de la ascensión de los cuatro pisos reglamentarios sin contar el entresuelo.

Madame Theresa de Haarlem, usted ha hecho mucho bien en su barrio. A cualquier pregunta que se le haya planteado, desde tiempos inmemoriales, usted siempre ha respondido repartiendo alguna esperanza.

Jean Dézert se sentó delante de una mesa modesta, cubierta con un tapete verde. La habitación había sido amueblada sin tratar de causar sensación de maravilloso. Actualmente, las fotografías, diplomas, medallas y documentos enmarcados imponen más que la tradicional gallina negra. Día a día, el espíritu científico se instala entre las masas. En cuanto a la adivina, de aspecto más meridional que holandés, el último resplandor de su otoño permitía suponer que no siempre había perseguido el conocimiento del corazón humano en la cotidiana y misteriosa práctica del tarot. Jean Dézert no se atrevió a reclamar el gran juego ni precisión en sus revelaciones. El futuro no le interesaba demasiado. Y sobre su pasado no tenían que enseñarle gran cosa.

—Hasta ahora he comprendido mal la vida —pensó, sin embargo, al considerar las cartas extendidas como un abanico sobre el tapete verde—. Joven moreno, anciano rico, el cartero, un viaje, herencia. El diez y el as de picas, que son la enfermedad y la muerte. ¡A mi alrededor se traman cosas de las que no soy consciente! Ojalá todo esto no me cueste mucho dinero.

Se fue, no sin quedar avisado de que, en el futuro, no debía fiarse de una mujer de pelo negro, por más que una muchacha rubia se interesara por él. Además, en breve recibiría noticias de un tío suyo.

Añadamos que todos los solitarios dieron el mejor resultado. Pero se había olvidado de formular antes un deseo, contrariamente a lo que le había prescrito la mayor vidente del mundo.

Bajando la escalera, se dio cuenta de que empezaba a dominarlo el cansancio. Había viajado mucho, desde la mañana, para un sedentario. Tenía una boca de metro cerca. Se dejó llevar hasta Montparnasse por la línea Clignancourt-Porte d'Orléans.

El cine de la rue de la Gaîté que le recomendaba una hoja impresa, tanto desde el punto de vista de la novedad del espectáculo como de su duración (*¡Dos horas de emoción inolvidable! Las personas que no hayan podido asistir al inicio de la sesión, pueden esperar a la siguiente*), estaba ya lleno de un público en el que se mezclaban obreros, chicas de la calle y pequeños comerciantes, cuando entró él. Solo quedaba sitio en los palcos laterales. Había que permanecer de pie e inclinarse mucho hacia adelante para ver algo. Así pues, se conformó con oír el piano y leer, durante los intervalos de luz, las explicaciones del programa, hasta que, habiéndose producido vacantes en las banquetas durante el entreacto, pudo situarse en un lugar más cómodo. La escena que tenía lugar entonces en la pantalla era moral y enternecedora.

Se trataba de un perro que, cada aniversario del fallecimiento de su dueño, llevaba una flor a su tumba abandonada. El público, en su mayoría, parecía más conmovido por el carácter emotivo del tema que cansado por su monotonía. Pero de algunas risitas que se oían en la oscuridad se podía deducir que algunos espectadores superficiales hacían un uso equívoco de la oscuridad.

¿Fue cosa del baño caliente matinal, fue cosa del almuerzo antialcohólico? Jean Dézert se durmió. Cuando se despertó, unos vaqueros se estaban peleando con unos pieles rojas. Toda la sala había tomado partido a favor de los vaqueros, uno de los cuales, con toda la razón del mundo, deseaba recuperar a su novia raptada por un jefe siux. Ya eran las cinco de la tarde. El tiempo pasa con rapidez cuando nos divertimos. Jean Dézert abandonó el espectáculo y volvió a la calle.

Compró *La Patrie* y leyó el artículo de Rochefort.

Se tomó un café con leche en la barra de un bar popular para darse un poco de ánimo. Después fue de nuevo a los bulevares y se detuvo delante del edificio rojo de Le Matin para consultar los últimos despachos. A las siete estaba cenando con champán (2 francos con 75, pan a discreción) en las cercanías de la barrera del Trône, en un restaurante que acababa de abrir y hacía propaganda.

En el fondo del bolsillo le quedaba un último prospecto:

FARMACIA DEL NORTE

Cerca de la Estación del Norte

*No se confunda, nadie tiene nuestra experiencia ni nuestros remedios.
No hay más que una Farmacia del Norte. (Todos los domingos, a las nueve de la noche, conferencia gratuita sobre higiene sexual, amenizada con audiciones musicales.)*

Era justo lo que necesitaba para terminar el día. La conferencia tenía lugar en la botica, donde había sillas alineadas. Habían colocado un fonógrafo sobre el mostrador. El auditorio se componía de dos guardias municipales, una viuda y su hija, un empleado de comercio y varios de esos ancianos que suelen encontrarse también en los cursos públicos del Collège de France.

A pesar de ello, el farmacéutico se dirigía a las clases laboriosas. Describía los estragos que producen ciertas enfermedades en el organismo de los trabajadores, y los diversos medios de evitarlas. Insistía en las precauciones que había que tomar. Un alumno se ocupaba del gramófono y activaba el mecanismo cada vez que el orador se interrumpía para beber un vaso de agua.

Hacia las once, cuando el tema quedó agotado, la asistencia se dispersó. Los dos guardias municipales fueron los últimos en salir. Se reunieron aparte con el filántropo, y le compraron dos frascos pequeños.

Cuando iba bajando hacia la estación de Saint-Germain-des-Prés, una mujer puso la mano sobre el brazo de Jean Dézert. Era poco bonita y algo coja.

—Ven conmigo —le dijo—. Vivo muy cerca.

—No podría hacerlo —respondió él—. Es algo que no está previsto en mi horario. Además, para mis placeres de la semana solo me quedan dos monedas de plata que no son de curso legal, un sello de Suiza sentada, uno de Napoleón III sin laureles...

—¡Anda ya, muerto de hambre! —murmuró la mujer—. ¡Métete una pluma en el culo y parecerás un pájaro!

—¡Unas alas!... Pero, ¿para qué? —se preguntó Jean Dézert.

Volvió a su casa y se metió en la cama muy cansado. Pero no se olvidó de dar cuerda al despertador.

Así pasaba la vida. Jean Dézert tuvo que conocer a Elvire Barrochet.

*Esas chicas falaces nos hicieron emprender una ruta muy extraña;
conviene añadir que estaba lloviendo.*

GERARD DE NERVAL
(Angélique)

Capítulo 3

LA AVENTURA

I

Fue en el Jardin des Plantes donde Jean Dézert conoció a Elvire Barrochet. La habría podido encontrar en otro lugar. Pero la historia ya no sería la misma.

Se paseaba, pues, por este lugar melancólico, un domingo por la mañana, como está mandado. Había estado mirando las fieras en sus jaulas, después había dado pan de centeno a los elefantes. Ahora estaba mirando los otarios. Uno, erigido sobre las rocas de su promontorio, se estaba quieto al lado de la ninfa de bronce que, en ese lugar, soba a un delfín del mismo metal. El otro (era el macho) trataba de agradar a su compañera indiferente mediante el despliegue insólito de toda su agilidad de anfibio polar, sin el menor resultado, evidentemente.

Jean Dézert estaba pensando si, después de todo, las sirenas no serían otarios, cuando Elvira, vestida de azul nattier, se cruzó con él en el paseo. Aunque él de ordinario no se fijaba mucho en las mujeres que pasaban por la calle, aquella le llamó la atención. Era evidente que aquella mujer caminaba con prisa, pero hacia ningún destino muy preciso. Tenía en el rostro el aire atento de las niñas que no piensan en nada. Era casi una niña, cantaba para sí misma alguna cosa, y sonreía con los ojos bajando un poco la cabeza. Un mechón rebelde, ni del todo rubio ni del todo moreno (¿era rizado natural?), se le escapaba de debajo del sombrero acampanado en el que bailaba una rosa blanca. Su andar más parecía un juego que una manera práctica de ir de un sitio a otro. Por lo demás, se intuía que se necesitaba mucho para asombrarla, pero muy poco para distraerla.

—He aquí otra historia —pensó Jean Dézert siguiendo a Elvire—. ¿Quién es ella, y qué debo prejuzgar de esta casualidad? ¿Sondeó alguien jamás el universo alocado que contiene una cabeza de tan ingenua apariencia? Pero ¡qué guía para mi aburrimiento, el balanceo de esas caderas de mujer! Todo esto amplifica mi manera de ver y desvía mis ideas de su curso habitual, abriéndoles nuevos horizontes. Por si

acaso, voy a explicarle que soy Jean Dézert. Ella se fijará en lo que quiera, y yo no me comprometo a nada.

Justamente, Elvire, después de muchos rodeos, estaba parada delante del foso de los osos blancos. Se apoyó en la barandilla e, inclinada por encima de los plantígrados, empezó a echar sobre el más temible de ellos algunas migajas de galleta encontradas, entre muchos otros objetos, en el fondo de su bolso. El gran oso, correcto pero lleno de bonhomía, se balanceaba lentamente clavando en su donante, de abajo a arriba, sus ojillos rojos, a la espera de un aperitivo menos frívolo.

—Si bien se mira —dijo entonces Jean Dézert a fin de trabar conversación—, los osos blancos de las nieves son menos feroces que los osos grises de las Montañas Rocosas y, desde luego, menos peligrosos que el orangután de Borneo.

—¡Anda! ¿Es usted explorador? —preguntó Elvire, volviendo hacia él su rostro efímero, sin asomo de sorpresa ni incomodidad, y como quien reanuda una conversación.

—No, señorita, o más bien digamos que es tan solo una apariencia. Yo soy funcionario, y tengo muchas lecturas.

—Yo también... Pero dígame, ¿no ocurre nunca que esos animales salten hasta lo más alto?

—No lo creo. Sin embargo, leí una escena de este tipo en un suplemento de Le Petit Journal.

—¡Oh, a mí me gustan tanto los animales! —prosiguió Elvire bajando los dos escalones de piedra que rodean el foso. Al decirlo, echaba hacia atrás el sombrero acampanado, que le había caído sobre los ojos.

Caminaron un momento el uno junto al otro, sin hablar. Jean Dézert buscaba una frase. Una paloma echó a volar desde un tilo de Holanda. Se oyó el pitido de un tren, por la parte de la estación de Austerlitz.

—¡Una mariposa! —exclamó Elvire al ver un insecto en su manga.

—Es una polilla —dijo Jean Dézert. (Ya sabemos que no tiene imaginación.)

Así, se encontraron delante de la jaula de las aves marinas. Hay cerca de mil, detrás de una reja. Les habían instalado un pequeño estanque, porque les gusta el agua. Pero las gaviotas no paran de volar, con sus gritos de trompeta de juguete, tan desolador.

—¿A dónde irían, si les abrieran la puerta?

—¡Oh, no irían lejos! Cuando uno se acostumbra a dar vueltas sin parar, créame, sigue así toda la vida. Yo conozco el tema.

Decididamente, Jean Dézert no posee en absoluto el arte de adornar su conversación con todas esas naderías encantadoras que tanto gustan a las mujeres.

—¡Mire qué bonita, esa blanca de ahí! Yo tenía una así en un sombrero de terciopelo.

Aquello ya pasa de la raya. Jean Dézert toma una decisión heroica:

—Ese sombrero se lo ha hecho usted misma, ¿verdad? Un domingo por la tarde. Es que lo noto. Usted es modista, a la par que adorable.

—No, caballero, yo no trabajo. Papá tiene un negocio. Y yo entraré el año próximo en el conservatorio, por lo del piano.

—Es lo que yo decía. ¿Y tiene usted dieciocho años, tal como yo tengo veintisiete? Su frente me llega justo al hombro, de modo que distingo mal su rostro. No es culpa suya, yo crecí muy de prisa. Además, tiene usted mucha razón en amar a los pájaros; es lo que también se conoce como tener buen corazón. Se lo ruego: míreme y dígame su nombre, será lo más cómodo.

—Elvire...

—Eso es, Elvire... Ahora la comprendo mejor. Deme el brazo, ¿quiere? Iremos a ver a los aligátos.

Elvire echa un vistazo a su alrededor. No hay nadie de su familia en el paseo. Toma el brazo de Jean Dézert y se echa a reír.

—He sido muy imprudente al dejarme abordar así por usted. Le juro que no lo tengo por costumbre.

—Espere, todavía no me lo ha dicho todo. ¿Qué hace usted aquí, tan imprevista en esta mañana, en vez de estudiar piano?

—Almuerzo con mi amiga Berthe. Así que he venido paseando. Estoy de paso por el Jardín. Mientras esté a las doce en la rue de Poissy...

—Son las doce y veinte.

—No importa; yo siempre llego tarde.

—Entonces nos podemos llegar hasta los aligátos.

—No sé si quiero. Todavía tengo que hacer un recado antes del almuerzo... Será mejor que me vaya.

—Bueno, pues adiós, Elvire. Aquí tiene mi tarjeta. Escríbame cuando apruebe el examen de ingreso en el conservatorio, el año próximo.

—Hasta la vista, caballero. ¡Anda, si se llama usted Jean! Hay muchos, pero no deja de ser bonito. Y además, tiene un aire distinguido. Me voy corriendo, que voy a llegar tarde.

Jean Dézert mira cómo Elvire se aleja. Tiene el cordón de un zapato desatado. Tropezará y se caerá, quizá debajo de un coche. ¡Dios mío, que paradójica es esta chica! Ahora se detiene delante de los monos. Finalmente desaparece.

Y Jean Dézert se va solo a contemplar a los aligátos que, en sus cubículos de cemento llenos de agua tibia, sueñan con las piernas relucientes de jóvenes negras, pasando el vado bajo el claro de luna.

II

Las gotas de agua golpeaban los cristales, se aplastaban en ellos, y después caían en inocentes cascadas sobre la cornisa de la ventana. Jean Dézert estaba fumando una pipa. Esperaba el fin de la tormenta aun sin poseer ninguna razón particular para desear que terminara.

Incidentalmente, sonó la campanilla del vestíbulo, como un grito de la consciencia en el torpor de un alma.

—Otra vez alguien que se equivoca —pensó Jean Dézert—. ¿Debo abrir?

El timbre resonó de nuevo, dos o tres veces, con pequeños toques rápidos. Semejante manera de expresarse delataba, para él, un carácter inusualmente caprichoso. También presagiaba algo muy desconocido.

Jean Dézert dejó la pipa.

—No es aquí —anunció por si acaso en cuanto hubo entornado la puerta.

—¡Anda, qué raro! ¿No me reconoce usted?

Y, bajo el gran sombrero de los domingos con las alas mojadas, reía Elvire, Elvire del Jardin des Plantes, fuera de su marco exótico.

—¡Quién lo habría dicho! —dijo Jean Dézert—. Los acontecimientos se precipitan. Adelante, pase usted, Elvire, y cuéntemelo todo.

—Lo que estoy haciendo es una temeridad. Pero se lo puedo explicar. Figúrese que me olvidé el paraguas en casa de mi amiga Louise; ¡siempre me pasa lo mismo! Así que estaba aquí abajo, por casualidad, resguardándome bajo el toldo de un café, cuando me he acordado de su número. Y he subido a hacerle una visita. ¿No le estaré molestando, verdad?

Elvire se instala en el único y severo sillón de la pieza. Se queda allí, como Pedro por su casa, bien sentada, nada sorprendida. En la nada azul celeste de su límpida mirada no se muestra cosa alguna. Jean Dézert trata de comprender. «*Una mujer*», piensa; «*lo esencial y lo accesorio. Pero ¿qué conclusión sacar?*»

—Pronto va a escampar. ¡Oh!, no me había fijado en el techo. Es bajo de cerebro, como suele decirse. No importa, me gusta la vista. ¿Da a levante? Si yo fuera usted, tendría flores en la ventana.

—¡Sus plumas, imprudente Elvire, mire en qué estado!

—¡Bah!, serán para las plañideras. Conozco a gente. Sin embargo, con su permiso voy a quitarme el sombrero. No tiene ninguna importancia, ¿verdad? ¿Me garantiza que se estará como es debido?

Se alisa el pelo, de pie ante el espejo de la chimenea. Una gran aguja yace en el suelo.

«Sí, no tengas miedo, me portaré como es debido», piensa Jean Dézert. «Estas historias (lo supongo) son irremediabilmente tristes en exceso. Ya sé: llevas ligas

rosas. Y llorarías, sentada en el borde de la cama, con tus pobres medias caídas sobre los zapatos. “Me casaré contigo”, diría yo, y tu padre el comerciante no pondría ningún obstáculo, puesto que yo soy funcionario.»

—No creí turbarle hasta este punto —exclama Elvire, que interpreta el silencio.

—Es que la encuentro crecida. Se ha puesto tacones altos.

—Confieso que el otro día iba un poco descuidada. Qué quiere, por la mañana... No acostumbro a salir sola jamás. Papá no me lo permitiría. Es la segunda vez, hoy. Si me lo permitieran, me pasaría el día de acá para allá.

—¿Qué diría su señor padre, si supiera que está aquí?

—No lo sabrá. Además, yo hago lo que me da la gana. Soy una niña mimada. ¡Perdí a mi madre tan joven!

Rebusca en el bolso. Saca de él una barra de labios roja, nueva a estrenar, y se la pasa por los labios pueriles.

—Dígame, ¿me queda bien? También he comprado una en negro. Pero no podría borrarla antes de volver a casa. Mientras que el rojo, no tengo más que lamermelos labios, y después frotármelos con un pañuelo.

—¿Adónde iba usted, antes de la lluvia?

—A ninguna parte; y sin embargo tomé el barco hasta Saint-Cloud. Un día tiene que sacarme a pasear. Me gustaría ver las carreras... Bien mirado, no está nada mal, su interior. Tiene usted muchos libros. Parecen aburridos.

—Algunos manuales, diccionarios. Si quisiera, yo podría explicarle la página con las banderas de colores del Petit Larousse.

—¡Oh, a mi me gusta tanto leer! En mi cómoda he reunido una biblioteca acorde con mis gustos: *La cabaña del tío Tom*, *La ingenua*, *Los miserables*, *Afrodita* y *La historia de un bocado de pan*, de M. Marcé.

—¿Desarrolla sus conocimientos?

—Yo no lo comprendo todo, pero muchas veces, cuando menos comprendo la historia es cuando más me interesa.

Por un instante, Elvire, con la nariz en alto, parece estar siguiendo una idea.

—Cambiemos de conversación —prosigue ella—. Le sorprende a usted, confíeselo. Yo no soy una muchacha como las demás. Ninguna de mis amigas que se preparan para entrar en el conservatorio se habría atrevido a venir sola, así, a la casa de un joven. ¿Usted qué opina?

—La verdad es que no he estudiado mucho la cuestión.

Nuevo silencio. Solo se oye la lluvia sobre los cristales.

—¿Le gusta la música?

—A veces.

*À la Monaco,
L'on chasse et l'on déchasse
À la Monaco,
L'on chasse comme il faut.*

—¿Es una canción?

—Es mi canción, Elvire. No conozco ninguna que sea más monótona. Y sobre todo, es que no quiere decir nada. Sin embargo, para que usted le encuentre un sentido, consentiré en modificar la letra:

*À la Monaco,
L'on chasse la bécasse
À la Monaco,
L'on chasse le perdreau.^[4]*

—Yo también tengo canciones. Hay una que canto cuando estoy triste. Después de cantarla, estoy todavía más triste. Pero entonces se trata de una tristeza poética:

*Je connais, depuis l'automne
Un baby des plus charmants
Dont la sœur, pauvre mignonne,
Est poitrinaire à quinze ans.^[5]*

—¿Lo siente usted? No creo, porque, en el fondo, no me parece usted un artista. Tiene, para compensar, otras cualidades; así, es usted inteligente. Con usted se puede hablar de todo. Mientras que con mis amigas, cuando ya has hablado de trapos, se acabó. Para mí, la vida no siempre es divertida se lo aseguro. Bueno, otro día volveré. Y discutiremos otra vez. Hay tantas cosas interesantes... Quedamos así: también daremos un paseo.

Elvire se ha puesto el sombrero.

—Adiós. Tengo miedo de haberle molestado, de veras.

—A mi no se me molesta nunca, Elvire. Y usted menos que nadie. Adiós. Ahora hace bueno; pero vaya con cuidado. ¡Quién sabe delante de qué puerta puede sorprenderle la lluvia! Hasta el domingo...

«Esta criatura trastorna todas mis nociones», añade Jean Dézert encendiendo de nuevo la pipa.

III

Por la noche, en el establecimiento de madame Chênedoit, Léon Duborjal preguntó a Jean Dézert:

—¿Qué, qué has hecho todo el día?

—Nada, he recibido la visita de Elvire.

—¿Una mujer de mundo?

—No.

—¿Tu amante?

—No.

—¿Tu prometida?

—No.

—¿Tu prima?

—No.

—¿Entonces qué?

—¿Qué quieres que te diga? Se llama Elvire; su padre tiene un negocio. La conocí junto al estanque de los otarios. No os voy a presentar. Tampoco entenderías nada.

IV

El domingo siguiente no era, al menos con toda la fuerza de la palabra, un domingo como suele entenderse. En efecto, con él empezaba para Jean Dézert el mes de vacaciones, que cada año constituye una de las ventajas más apreciadas de la vida del empleado de ministerio. Durante dicho periodo, los días de la semana tienen el mismo valor. Su nombre no tiene más que un interés puramente teórico.

Jean Dézert, que durante el verano no va jamás ni al mar ni a la montaña, pero que considera que en ese tiempo París es una ciudad balnearia, se había vestido con un pantalón blanco y una chaqueta de alpaca.

Desde su ventana, vio venir por fin a Elvire. Llevaba, balanceándolo con indolencia a su lado, un paquete bastante voluminoso y de forma redonda, envuelto en papel blanco y atado. Cambió dos veces de acera, sin necesidad, antes de entrar.

—Deme un beso —dijo, en cuanto llegó al rellano—. ¿Acaso no somos viejos amigos?

Él obedeció. Sus labios solo conservaron un leve sabor dulce de polvos de arroz baratos.

—Llego tarde, ya lo sé, pero no es culpa mía. Vamos de paseo, ¿verdad? Ya sabe que me lo prometió.

—Lo recuerdo, Elvire, y ya tengo mis proyectos. Más allá de las fortificaciones, existe un lugar al que quiero llevarla. Es tan salvaje y está tan lejos (a pesar de los medios de transporte) que los habitantes de la zona lo llaman Madagascar. Las casas surgen aquí y allá, demasiado grandes, entre los humos de las fábricas. Los pobres creen estar en el campo; dejan papeles grasos y cascos de botellas al borde de las canteras. A decir verdad, no sé si le gustará ese lugar. Pero le diré muchas cosas sobre mí mismo.

—Eso me da igual —repuso ella—, prefiero ir a Viroflay. Allí hay bosques. Jugaremos a perdernos. Primero se coge el tren, en la estación de los Inválidos. Es un tren eléctrico, que llega hasta Versalles. Los nombres de las estaciones son muy bonitos: Meudon-Val-Fleury, por ejemplo. Se pasa por delante de Issy-les-Moulineaux. A veces se ven aeroplanos. Yo conozco ese paseo. Lo hice con mi tía y mi prima el año pasado. Cenamos en la glorieta de un restaurante ¡y Dios sabe lo que nos divertimos! Pero a la vuelta había tanta gente, y yo estaba tan cansada, que me quedé dormida, de pie, en el compartimento de fumadores.

—No voy a insistir: iremos a Viroflay. Pero antes ¿sería tan amable de explicarme el contenido de su paquete?

—Una corona. Papá me ha dicho: «La prometí para hoy. Es domingo y no tengo a nadie. Ya que sales, podrías entregarla». Lo que pasa es que —y eso es muy mío— he perdido la dirección.

—¿Su padre vende coronas? ¿Tantos monarcas hay?

—La casa posee un surtido variado. Incluso tenemos, desde hace poco, un artículo muy práctico, de esmalte blanco inalterable ante las heladas, para niños de corta edad.

—No la veía a usted bajo ese prisma, Elvire. Deje el objeto en el vestíbulo. No hablemos más de ello y salgamos. Es inútil agitar esas cosas.

—Ni hablar. Me lo quedo. Sería muy capaz de olvidármelo a la vuelta. Al menos que pueda devolverle la corona a mi padre.

—¿No teme usted que eso arroje una sombra sobre nuestra excursión?

—¡Por Dios, qué idea! Le entrego mi carga. Es el chico quien debe llevar los paquetes.

Si la lluvia hubiese empezado a caer en ese momento del día, Elvire y Jean Dézert, sin moverse de lugar, habrían proseguido tan tranquilos la conversación del domingo anterior. Pero se ha juzgado preferible, en aras de la diversidad del relato, que el buen tiempo se prolongara una hora más.

Así pues, salieron con un gran calor.

Ciertamente, la educación que había recibido Elvire le impedía cantar en el tranvía de vapor Bastille-Porte-Rapp. Sin embargo, a cada bandazo que daba el viejo coche pintado de rojo, su labio superior temblaba un poco, como si se esforzara en reprimir los desbordantes estribillos de su alegría estival.

Se bajaron en los Inválidos; Jean Dézert compró los billetes. Precisamente estaba a punto de salir un tren. Elvire localizó en el primer compartimento vacío un rincón que le gustó:

—¡Oh, a mí me gustan tanto los viajes! —dijo.

Jean Dézert se colocó en el asiento de enfrente. La corona fue ascendida a la red portaequipajes.

Después del último silbato, el ruido de las ruedas está lleno de encanto, pues olvidamos lo que dejamos atrás, y que alguna vez nos tendremos que bajar. Elvire no se percató de que se había ensuciado de negro los guantes de hilo al bajar el cristal de la portezuela. Miraba cómo huía el muro de contención que bordeaba la vía, y tal vez, efectivamente, estaba viendo un paisaje.

En la estación del puente de Alma, una parada brusca estuvo a punto de hacer caer la corona. Al menos vibró, con un ruido múltiple de abalorios agitados.

—Póngamela sobre la falda —aconsejó Elvire—. Así estaremos más seguros. Voy a comprobar que no se haya roto nada.

Abrió el envoltorio de papel blanco. Primero apareció una cinta violeta sobre la que estaba escrito: «A mi tía». Después un ramillete de pensamientos de metal y mil arabescos de perlas negras.

—Todo va bien. Ya ve que papá conoce bien su oficio. Con él la solidez está

asegurada.

Mientras tanto, una pareja frívola que había entreabierto la portezuela, vaciló y después se volvió a bajar.

A pesar de la corriente de aire que habían organizado en el compartimento, la temperatura se hacía tan pesada que Jean Dézert, para evitar el sueño, tuvo que recurrir a la lectura de los paneles publicitarios que bordean la vía. A partir de Issy, ya no hubo la menor duda. El tiempo se estaba estropeando.

—Es una tormenta —dijo Elvire—. Eso refrescará el bosque.

Hacia Meudon, la excursión parecía seriamente comprometida.

—Llueve demasiado para que dure mucho —prosiguió la muchacha, optimista.

A la salida del túnel de Viroflay, no se había producido ningún cambio. Jean Dézert y Elvire, llegados a su destino, buscaron cobijo bajo la marquesina de la estación.

—Sin duda habría sido mejor otra cosa. Pero el caso es que estamos en el campo. Cuando volvamos verá mis hermosos colores.

El viento venía del oeste. Las nubes también. Los arroyos corrían entre la grava acarreando restos de carbón, a lo largo de las vías. Elvire se pesó en la balanza automática. Jean Dézert sacó varias chokolatinas de un distribuidor.

Después se sentaron en el mismo banco, con la corona entre los dos.

—Charlemos, ya que no tenemos ninguna prisa —dijo entonces Elvire—. Hace un momento estaba pensando en un tema que desearía plantearle. ¿Tiene usted un ideal?

—Siempre me lo he preguntado.

—Pues bien, yo sí tengo uno. Sin él no podría vivir.

—Y ¿cuál es?

—No lo sé. Es mi ideal... ¿Cómo quiere explicar una cosa así?

—En efecto...

La conversación, que había tomado aquella vía, se anunciaba grave y confidencial.

—¿Qué opina usted del amor? —añadió Elvire—. Yo considero que necesitamos una novela en la existencia; una novela honrada, por supuesto, dada la situación que ocupa mi padre.

—Desde luego —respondió Jean Dézert—. Veo con sumo agrado que sus lecturas no han conseguido estropearla. Pero no exija una opinión por mi parte; ¡los autores me han informado tan mal! En cuanto a mis experiencias personales, ignoro hasta qué punto no fueron honestas. En todo caso, no tuvieron nada de novelesco.

Pasó un tren —como el destino. Se iba hacia los baños de mar, ignorando las estaciones pequeñas. Toda el agua del cielo no habría bastado para lavar la tristeza de las estaciones olvidadas. Pero la máquina iba delante, y lo arrastraba a grandes golpes

rudos.

—Yo creo que estamos hechos para entendernos —dijo aún Elvire.

—¡Ya empezamos! —respondió Jean Désert.

—Usted, al menos, sabría comprenderme, ¿no es verdad?

—¿Estamos jamás seguros de lo que debemos desear?

—Una idea... ¿por qué no le pide mi mano a mi padre?

—¡Cómo me aburriría usted, Elvire! Es verdad que si las coronas no han alterado su naturaleza, mi influencia no podría ser aún más nefasta.

—¡Lo decía en broma!

—Pues entonces todavía me afecta más. Es justamente ese punto de vista lo que me falta. Seamos pues novios, si ve en ello alguna utilidad.

—¿Pero se pondrá usted una corbata nueva?

—Naturalmente. Yo no me olvido jamás de lo importante. Y me compraré un bastón. Tendré un aspecto de lo más correcto. Usted me presentará a sus amigos.

—¡Ojalá el verano sea menos lluvioso!

—Mientras tanto, yo creo que haríamos bien en cambiar de andén, créame. Dejémoslo así, por hoy, y volvamos a París. Además, se le acabarían enfriando los pies.

V

Una excursión frustrada no contaba para nada en la vida de Jean Désert. Él sabía que nuestras alegrías están hechas de comienzos, y que no hay que mostrarse demasiado exigente.

La novedad de la situación, a pesar de todo, le daba que pensar.

—¿A dónde me llevará semejante aventura? —pensaba cada mañana, a la hora en que, para recuperar el contacto con la existencia (que no tendría ningún sentido sin el sabor del tabaco de hebra), encendía, todavía acostado, el primer cigarrillo de la jornada.

—Es la primera vez que no sé adónde voy. Sin duda, lo imprevisto del camino me reserva abundantes sorpresas. En fin, estoy prometido. De este modo ocuparé mis

vacaciones; todo consiste en tener un pretexto. Elvire, inútil y encantadora Elvire, ¿por qué usted y no otra?

Agosto (temporada de las playas al sol en las que los niños descalzos disfrutaban de la felicidad de vivir) se obstinaba en vanos aguaceros, entrecortados por calores bochornosos. Los carros con bancos paseaban a los ingleses. En el distrito veinte se declararon varios casos de fiebre tifoidea. Cierta noche, se vio a varios orfeones bajando por el Sena en bateau-mouche interpretando melodías conocidas.

Entre tanto, Jean Dézert anunció su compromiso matrimonial a Léon Duborjal.

—La cosa no tiene nada de oficial. Como comprenderás, en una estación... Pero dada la intimidad de nuestras viejas relaciones, me creo en la obligación de informarte antes que a nadie.

—Te felicito y te apruebo. Tienes la vida hecha y el futuro asegurado; solo te faltaba el matrimonio. Siempre es mejor, para un funcionario. Pero ¿tiene dote, la joven en cuestión?

Jean Dézert confesó que las circunstancias todavía no le habían dado tiempo de asegurarse de ello.

—La cuestión tiene su peso, amigo mío. ¿Conoces al menos la situación económica de sus padres? Para empezar, ¿qué hace el padre?

—Trata en objetos de luto, si entendí bien.

—No está mal, nada mal, ese comercio tiene sus cosas buenas. Es cierto que ya no es lo que era hace tiempo, sobre todo desde que la fórmula: «De acuerdo con la voluntad del difunto, se ruega no mandar flores ni coronas» se multiplica en las esquelas de las clases dirigentes. Pero en definitiva está poco sujeto a los caprichos de la moda y, aunque el invierno lo favorece más que la bonanza, no conoce jamás temporadas muertas. En tu lugar, yo miraría si no hay nada que se pueda intentar por ese lado. Yo dejaría el ministerio y entraría en la empresa; encontraría algo nuevo para lanzar, algo que tocara en el punto sensible la vanidad de los afligidos. ¡Se puede ganar una fortuna en esas cosas! ¡Piensa que esta industria ha permanecido estacionaria, que no ha dado un solo paso en los últimos cincuenta años, que todo está por crear! Pero, entre nosotros y sin querer ofenderte, tú no tienes el ánimo apropiado para una empresa. Sea como sea, cuenta conmigo. Yo seré tu primer paje de honor. ¡Anímate, va a ser una boda muy alegre!

—Eso todavía queda lejos. Se necesita el consentimiento paterno, por parte de Elvire. Y además, esa chica es tan joven... Yo me prometí porque me di cuenta de que eso la divertía. El resto tiene tan poca importancia...

VI

Sí, el padre de Elvire vendía coronas —no de oro puro para los grandes de la tierra, ni de laurel para los triunfadores, ni de rosas para los convidados, sino de oscuro y frágil vidrio, las únicas definitivas en este mundo. Nunca se insistirá bastante en el sentido eminentemente filosófico de este tipo de negocio —que sin embargo no se cuenta entre las profesiones liberales. El error común consiste en creer que tiñe de melancolía el humor de quienes lo practican. Todo es cuestión de costumbre, como siempre. En realidad, las primeras visiones del mundo exterior y sus paisajes más familiares no habían dejado ninguna huella en el alma ingenua de Elvire. Destaquemos tan solo, de paso, que cuando alguien ha pasado toda su infancia jugando a entierros con los vecinitos en la acera, en el futuro ya no hay juegos capaces de asustar.

Jean Dézert —no transige con las tradiciones— había sacado del armario, para hacer su petición oficial ante monsieur Barrochet, el sombrero de seda que solo usa en las grandes circunstancias. Por muy incrédulo que le formara su educación laica, se descubrió antes de entrar en el establecimiento, en el que se exhibían en jardines colgantes las diversas categorías de objetos de arte que exige el culto a los muertos. El sol, astro igualitario, compartía entonces sin distinción sus rayos de las tres de la tarde entre los numerosos artículos expuestos detrás de los cristales del escaparate. Pues allí se hallaban (con precios que incitaban a todas las bolsas) desde los humildes presentes que la piedad de los indigentes cuelga en las cruces de madera de los cementerios suburbanos, hasta los emblemas más ricamente trabajados, destinados a la ornamentación de esas capillas funerarias en las que los privilegiados pueden llorar al abrigo de la intemperie, en concesiones perpetuas. Todo ello centelleaba vagamente y parecía consumirse en un fuego oscuro, tan solo manchado, aquí y allá, por el blanco de una etiqueta.

El comerciante, en su tienda silenciosa y fresca, recibió a Jean Dézert de una manera muy cortés. Su hija ya lo había avisado. Aquel hombre digno, tan imbuido de afecto e indulgencia por su única hija (el vivo retrato de su madre, fallecida durante la Exposición de 1900), habló en estos términos:

—Yo no digo que no, señor mío, y el honor sería para mí. Pero Elvire no tiene dieciocho años. Antes de pronunciarme, tal vez convendría reflexionar un poco por ambas partes. Usted no sabe, señor, hasta qué punto son caprichosas las muchachas. El mes pasado, Elvire me estuvo dando la lata durante varios días para que le comprara una pareja de inseparables —ya sabe, esas cotorras que van de dos en dos. Pues bien, anteayer encontré a los pobres animalillos muertos de hambre en su jaula. Cada instante aporta a mi hija una nueva ilusión sin futuro. Hoy quiere casarse con usted. Hace un momento me hablaba sobre este tema con lágrimas en los ojos.

¿Piensa todavía en él? Escuche usted mismo: está tocando el Vals moreno.

En efecto, durante los últimos minutos, los sonidos rápidos de un piano se derramaban en la estancia contigua. Jean Dézert, que no sabía qué hacer con el sombrero, lo depositó cerca de él, sobre un barco totalmente construido y adornado con perlas malvas e hilos de latón. Un letrero explicaba: «Modelo especialmente indicado para oficial de marina desaparecido en alta mar».

—Hablando con toda franqueza —prosiguió monsieur Barrochet —, yo había soñado con dar a mi hija a un marmolista y así asociar mis intereses a los de mi yerno. Pero no me perdonaría el hecho de contrariar la inclinación de Elvire —en la medida en que tanto su fisonomía de usted como su situación están lejos de desagradarme. Este que le habla, señor mío, hizo un matrimonio de amor... Si, pues, insiste usted en sus intenciones (que me honran, repito), mi casa le está abierta. Venga alguna vez a cenar con nosotros. Es así como la gente aprende a conocerse de veras.

Jean Dézert se levantó y estrechó la mano de su futuro suegro. No se había esperado encontrar tan pocas objeciones ni tanta cordialidad. Aquel viudo bonachón, de edad y carácter inciertos, que le sonreía sin segundas intenciones en la penumbra de su tienda, lo había dejado totalmente tranquilo.

—Antes de retirarme, ¿podría presentar mis respetos a su hija?

—Iba a proponérselo. Pero no oigo el piano, no sé dónde debe de estar. Espere un momento, voy a buscarla.

Monsieur Barrochet regreso casi inmediatamente.

—Tenga la bondad de pasar al salón. Está un poco desordenado, no haga mucho caso. Hace un momento Elvire estaba pegando sellos.

El salón también servía de comedor, a juzgar por la mesa redonda del centro, la lámpara y el aparador situado junto a la pared del fondo.

Elvire apareció por una puerta acristalada que debía dar a algún vago pasillo. Era exactamente la novia prevista, en delantal blanco de andar por casa, y cabellos sin peinar, perpetuo objeto de sorpresa y deseo. ¡Oh, esos ojos que no saben lo que están mirando! ¡Y ese cuello descubierto que anuncia otra cosa! ¡Y esas manos ingenuas con pequeños anillos cuyas turquesas no tienen motivo para enfermar!

—¡Está usted aquí! Me lo había figurado. Supongo que se habrá entendido con papá.

—Monsieur Barrochet me ha permitido esperar...

—Entonces tendrá que venir así cada tarde, con un ramo de flores. Papá, ¿te acuerdas del novio de mi amiga Marcelle? Era simpático, pero un poco vulgar.

—¿Quiere que le enseñe el piso? —prosiguió Elvire sin interrupción—. Ya verá, es mucho más alegre por la parte que da al patio.

—Tal vez —propuso el vendedor de coronas— monsieur Dézert preferiría tomar un refresco. Deberías servirnos unos refrescos.

—¡Oh, sí, leche de almendras con un poco de agua fresca y unas pajas! Es muy divertido beber de esa manera. ¡Dios mío, quién habría imaginado una cosa así hace tan solo un mes! ¡Y decir que voy a tener un novio de verdad! ¿Le permites que me bese, papá?

Jean Dézert coloca un beso, ya que no puede colocar una palabra.

—Hay una canción —dice Elvire—. No me acuerdo de la tonada:

*Le premier baiser
que tu m'as donné...*

—Hay que hacer justicia a Elvire y proclamar que es un auténtico ruiseñor —concluyó monsieur Barrochet—. Su voz me ha inspirado muchas veces mientras trabajaba. Porque yo, señor, en verdad soy un inventor, aunque modesto. Diseño yo mismo la mayor parte de los modelos ricos que luego exhibo...

Un toque de campanilla en la tienda vino a interrumpir aquel coloquio.

—Discúlpeme, el mozo está haciendo recados. Mi clientela me reclama. Elvire le hará compañía durante mi ausencia.

Cuando Jean Dézert hubo bebido unos cuantos vasos de jarabe escuchando a su prometida, que le habló de tantas cosas y de su amor, Jean Dézert, antes de la caída del crepúsculo, se despidió de Elvire y de su padre.

«Todo se encadena lógicamente», pensaba a lo largo del bulevar Raspail, que bajó a pie. «El Jardin des Plantes, Viroflay, lo de hoy. Tres etapas de mi vida. Esperemos la continuación.»

VII

Mientras duraron las vacaciones, Jean Dézert fue cada tarde a llevar un ramo de claveles blancos a su prometida. Flores vulgares, sin duda. Pero mientras se haga con

el corazón, ¿no es verdad?... Tomó la costumbre de cenar en familia en la mesa de monsieur Barrochet. Elvire se ocupaba de preparar un plato dulce. La criada hacía lo que podía, llena de admiración y respeto hacia el Prometido de la señorita, tan discreto y bien educado. Después de la cena, Elvire ensayaba un ejercicio para la mano izquierda de Chopin. Tenía alma y dominaba el mecanismo. Y las veladas eran tranquilas en aquel barrio de Montparnasse, reservado en parte a eternos reposos.

Monsieur Barrochet, que no era una persona molesta, ganaba mucho cuando se le conocía. Representaba bastante fielmente la imagen de la conciencia y dignidad profesionales. Raramente abandonaba su tienda —ni siquiera el domingo, pues pasaba la mayor parte del tiempo libre perdido en sus ensoñaciones. En efecto, fue hacia esa época (si no me falla la memoria) cuando estaba meditando el proyecto de una corona fosforescente que pudiera brillar por la noche sobre las tumbas, ante los ojos entristecidos de las estrellas.

A veces Elvire daba a Jean Dézert citas en lugares muy diversos de París. Se aprovechaba del talante conciliador de aquel joven sin prejuicios para llevar a la práctica ciertos antojos que su vida de soltera, como ella decía, no le había permitido satisfacer hasta entonces. Así, fueron al museo Grévin de figuras de cera. Visitaron las catacumbas y los arcos del Pont Royal. Incluso una mañana subieron a la columna de la Bastilla.

—¡Oh, con lo que me gustan a mí las ascensiones! —dijo Elvire.

Pero le entró miedo antes de llegar a la cúspide.

Jean Dézert le explicó que el bronce de los cañones de la Libertad tardaría en sufrir las injurias del tiempo. Sin embargo, tuvo que sostener a su prometida en la oscuridad. El antiguo suboficial, perspicaz y entendido, que guardaba el monumento, dejó asomar una sonrisa sardónica al verlos bajar a los dos un poco pálidos.

Elvire tenía un modo muy inocente de apoyarse en el brazo de Jean Dézert y dejarse besar en la frente. El único reproche que se le habría podido formular es el de no responder jamás a la pregunta que se le formulaba. Sus pensamientos seguían los de Jean Dézert, pero a la manera de esas carreteras soleadas que a veces bordean los raíles del tren, sin por ello renunciar a ningún capricho ni a ningún rodeo, y que sortean cada bosquecillo.

Terminaron las vacaciones. El noviazgo prosiguió. Jean Dézert, ocupado por su trabajo, ya solo veía a su novia por las tardes.

Monsieur Barrochet declaró en septiembre:

—Hijos míos, debéis uniros en breve. Me parece a mí, yerno, que ya sería hora de ir buscando una vivienda en el barrio.

—Es verdad —dijo Elvire—. Me había olvidado. Todavía queda lo más divertido. Llevaré un vestido blanco. Lo estoy viendo. Cerraremos la tienda y daremos un baile.

VIII

Era de esperar. Es lógico que todo acabe —incluso, a veces, que acabe como el rosario de la aurora.

La lámpara del techo ya estaba encendida, pues la noche cae pronto en los primeros días de octubre. Jean Dézert y su novia, los dos solos, estaban hablando un atardecer sobre el futuro.

—Seré muy feliz —decía Elvire—. De usted, lo que me dio confianza desde el primer momento fue su aire formal... No sé si papá debe invitar a la familia Dufour a nuestra boda. Son solo panaderos, aunque su hija mayor se ha casado con un farmacéutico. ¡Jesús, qué complicada es la vida!

—No tiene por qué preocuparse. Las cosas saldrán bien solas, ya verá. Lo mejor es que aprovechemos nuestro estado actual para aprender a conocernos mejor. ¡Más adelante, tendremos tantos motivos de inquietud!

—Sí, ¡estos habrán sido los días más hermosos de mi vida!

—¿No echa de menos nada, de veras? Lo nuestro será algo serio y definitivo, ¿sabe?

—Eso espero... Una chica solo entrega una vez su corazón. Y presiento que usted me amará siempre.

Al oír aquellas palabras, Jean Dézert se emociona. Toma a Elvire entre sus brazos —sus brazos flacos. Y he aquí que ahora se nos vuelve lírico.

—¡Elvire, Elvire! ¡Jamás sabrá usted todo lo que se conmociona en mí al oírme pronunciar este nombre de Elvire, antaño celebrado por bocas mucho más autorizadas que la mía. Siglos de aburrimiento, Elvire, siglos de oficina, se exaltan ante la fantasía que tú presentas a mi alma de funcionario de ministerio. Sigue así, sé pueril y vana, divina y sin objeto, tú misma, digo, y consuélame de que el cielo, en mi miseria, me haya proporcionado la conciencia de mi yo —si cabe expresarse así, en este caso.

Elvire lo mira de frente, y él inclina hacia ella su rostro bajo la luz que proyecta la pantalla de porcelana. Ella lo mira cara a cara por primera vez en su vida. Entonces, como sin razón, se separa de él. Estalla en sollozos y se sienta con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos.

—Le he causado pena, Elvire. Perdóneme; pero eran cosas que había que decir.

Le urge a que responda. Por fin, se aligera del peso excesivo, sin duda.

—Es que no me había percatado de que tuviera usted la cara tan larga. ¿Por qué, Dios mío, no lo examiné mejor antes? ¡Ahora ya está hecho! Jamás, jamás podré amarle en semejantes condiciones.

Jean Dézert concibe de golpe toda la magnitud y el carácter irrevocable del desastre. Se sienta junto a su prometida, buscando una palabra de circunstancia. Pero

¿cómo insistir?

—Ya me imaginaba que ocurriría un accidente de este tipo; tendría que haberlo prevenido. Ahora ya es tarde, me doy cuenta. ¡Pobre pequeña Elvire! ¡Perder así las ilusiones! ¡No puede amar ya a su prometido porque un día —¡oh revelación!— se da cuenta de que tiene la cara demasiado larga! Dejo a otros el cuidado de explicar este hecho, que me apena a mí tanto como a usted, no crea. Pero usted es joven. Se recuperará y olvidará esta historia. —¡Adiós, Elvire!...

*Después de todo
Trincad, danzad, gente de la tierra. Todo es
un triste y viejo misterio.*

JULES LAFORGUE

Capítulo 4

DESPUÉS DE TODO

I

«Seamos clásicos», se dijo Jean Dézert. «Tengo un gran pesar en el corazón, es la expresión justa. De modo que conviene actuar en consecuencia e interpretar mi papel según las reglas admitidas.»

Su primer gesto, la primera noche, fue acostarse sin siquiera elegir el lugar, delante del tocador, sobre la alfombra de linóleo. Fue necesaria toda la obstinación del anuncio eléctrico del Petit Saint-Thomas, que le daba en plena cara con sus rayos metódicamente alternados, para hacerle recuperar una noción más exacta de las cosas. Pero apresurémonos a decir que aquel movimiento de debilidad fue el único, ya que Jean Dézert se recuperó en seguida.

Sus colegas del ministerio no se dieron cuenta de nada. Léon Duborjal, por su parte, se mostró lleno de discreción. Respondió con un cálido apretón de manos a la confesión que le hizo su amigo. ¡Estas situaciones son tan delicadas!

Cuando hubo reflexionado con la cabeza fría, durante una semana, en su oficina, Jean Dézert resumió así el resultado de sus meditaciones:

—Existen tres medios cardinales de obtener el olvido, en estos casos. El primero consiste en lanzarse a los placeres, dicho de otro modo, irse de farra. El segundo reside en el alcohol. El tercero —no faltan los precedentes— es la muerte. Este último recurso es el más seguro y el menos costoso. Antes de recurrir a él, tal vez convenga sin embargo haber agotado los otros dos.

II

La vida de desenfreno de Jean Dézert duró sus buenos quince días. No se acostaba hasta las dos de la madrugada. Se le vio en diversos cafés cantantes, especialmente en el Elysée de la rue Saint-Antoine, en el Concert Persan del bulevar Sebastopol y en el Caveau de la plaza de la República. Muy pronto fue capaz de silbar todos los estribillos de moda en los establecimientos nocturnos de precio moderado, y dar su opinión tanto sobre el talento desplegado por madame Darteuil (dicción a voz) en la Valse à Julot, como sobre la gracia con la que mademoiselle Moriska (fina recitadora) desgrana el romance:

*Quand viendront les hirondelles
Peupler le toit de ta maison...*

Macizas bellezas cubiertas de lentejuelas doradas, con esplendorosos vestidos en forma de tulipán invertido, rubias señoritas vestidas de negro, que llegan en el momento adecuado, después del recluta rijoso, para despertar las aspiraciones sentimentales del espectador risueño; damas de edad, debutantes, las que consideran su deber levantar la pierna después de cada estrofa y las que mientras cantan sostienen un rollo de papel entre los dedos; las que transpiran dentro de blusas verdes; las que pierden el aliento; las que se ponen los quevedos antes de volver a los bastidores, porque han enseñado piano en provincias; en fin, las que son unas incomprendidas; todas las mujeres cuya principal ocupación consiste en verter alegría o lirismo en el corazón de los chulos, los guardias municipales y los dependientes de comercio, desfilaron por la vida de Jean Dézert —en el horizonte, como una caravana.

Bebió cerveza en compañía de Raoul de Narsay, quien a pesar de su patricio apellido abomina de la nobleza, el clero, el Antiguo Régimen y tutea a las reinas de Francia, a fin de cantarles cuatro verdades en su repertorio filosófico. Ofreció una cena a mademoiselle Dorgeval, morena picante especializada en la canción intencionada. Empezó a aprender el billar y el chaquete. Siguió a un cortejo de estudiantes por el Barrio Latino llevando un farolillo veneciano colgado de una caña. Llegó incluso a bailar en el Tabarin y a punto estuvo, por distracción, de tener un asunto de honor con un sargento de artillería.

Este régimen le agobió tanto como le decepcionó. Entonces, deliberadamente, se

dio a la absenta un martes por la tarde.

El primer vaso que tomó le dio la audacia de beber un segundo, y el tercero lo embriagó, porque no estaba acostumbrado.

No recordaba haber dado pasos tan grandes por la calle. Jamás tantos pensamientos eclosionaron a la vez en su cerebro. Las farolas se inclinaban como mástiles de barcos faro. La gran dificultad era, al subirse a una acera, conseguir que el talón pasara después del pie sin encallarse en el bordillo. Una borrachera muy trivial, en suma. Al día siguiente le dolía la cabeza; pero no había olvidado nada.

Solo le quedaba ya preparar su suicidio.

III

Cuando Jean Dézert resolvió suicidarse, escogió un domingo a fin de no faltar a la oficina.

Empleó la mañana, como es natural, en numerosos preparativos. Puso en orden sus papeles, arregló el contenido de los cajones, rompió el calendario, ya inútil, y redactó su testamento inspirándose en un manual de derecho práctico, porque le preocupaba no cometer ningún vicio de forma. Después colocó de manera vistosa sobre el mármol de la chimenea una carta dirigida al comisario de policía del barrio, en la que le rogaba que no acusara a nadie de su muerte.

Hecho lo cual, almorzó a toda prisa, porque ni todo su tiempo era suficiente para decidir el género de óbito que le convendría adoptar.

Apoyado en la ventana, consideró, desde lo alto, la calle, el pavimento de madera, las aceras y los transeúntes en escorzo. Un cura se cruzaba con un pastelero. Dos niñas le daban la mano a la criada. El tiempo era bueno para la estación —un poco de frío seco. ¡Qué tranquilo y qué domingo era! Incluso aquel perro sin dirección que corría al azar, agitando el aire con su cola de perro de aguas y mirando a cualquiera debajo de la nariz, diríase que con la esperanza de encontrar un nuevo dueño. Jean Dézert reconoció que no tenía ningún motivo de rencor hacia el cochero del simón amarillo parado delante del bar vecino, como tampoco hacia la dama ciclista que circulaba a rueda libre en aquel preciso momento. Pero el énfasis del gesto le

disgustaba.

Cerró la ventana y recordó que el ahorcamiento todavía se empleaba oficialmente en Inglaterra. Pero la falta de altura de su techo le impedía a priori cualquier empresa de este tipo.

Poseía un revólver en el cajón de su mesilla de noche. Pero en un edificio habitado por burgueses —en el que tan solo se había dado un caso de adulterio en los últimos tres años—, ni siquiera se le ocurrió la idea de usarlo.

El uso del veneno es más silencioso y discreto, aunque menos seguro en sus efectos. Solo que ¿dónde procurarse la droga? Y sobre todo, ¿cuál de ellas elegir, a fin de cuentas? Se le presentó un nombre: el curare. De tanto repetir la palabra, Jean Dézert llegó a preguntarse si no se trataba de un remedio o un condimento.

«Y yo que creía que era la cosa más fácil del mundo», pensó. «Al menos siempre tendré el Sena a mi disposición. Esperemos a que se haga de noche, con el fin de evitar las aglomeraciones, la policía subacuática así como los socorristas officiosos, y vistámonos para la circunstancia. Es importante tener una muerte hermosa.»

Compuso su atuendo con gran cuidado, decidiéndose por una corbata negra con topos blancos, tras abundantes vacilaciones.

Después cenó en los bulevares, en una taberna que bullía de esa vida con la que él quería romper tan bruscamente. Después se entretuvo en un café de zíngaros, como un observador lejano. Los vales vieneses le daban ganas de balancearse, sin razón, en el olvido de todas las cosas. Él era el joven que va a morir al instante, una actitud interesante donde las haya. Y bien vanas le parecían aquellas agitaciones, muy ridículas aquellas prisas de los camareros entre las mesas, del todo relativa aquella multitud endomingada.

A medianoche se decidió por el Pont-Neuf, pero una vez allí lo encontró demasiado concurrido, y se llegó al puente del Archevêché.

He aquí el Sena. Ahora ya no son los bateaux-mouches los que causan las olas. El río se divierte él solo, entre sus muelles verticales, fría y tristemente, con pequeños chapoteos. No parece que sea de agua. Es demasiado negro. Se mueve y se ahueca sin que se pueda adivinar su profundidad. ¡Y pensar que durante toda la noche ese reflejo de farola de gas va a temblar en el mismo sitio! Sí, para llegar a eso, todo tiene que haber terminado, Jean Dézert, terminado por completo.

Dos chalanas están amarradas, una junto a otra. Por momentos chirría una cuerda.

«Chalanas», piensa Jean Dézert, «os comprendo. Pasáis vuestra existencia rectilínea en esos estrechos canales. Os esperáis ante las esclusas. Atravesáis las ciudades tiradas por remolcadores que proclaman, bajo los puentes, su orgullo de poseer una sirena, como los barcos de verdad. Os parecéis a mí, en resumidas cuentas. Nunca llegaréis hasta el mar.»

Luego se levantó el cuello del abrigo y volvió a casa a acostarse, pues incluso eso,

un suicidio, le parecía inútil, sabiéndose de naturaleza intercambiable en la multitud, y verdaderamente incapaz de morir del todo.

IV

El domingo siguiente, Léon Duborjal le decía a Jean Désert...



Jean de La Ville de Mirmont nació el 2 de diciembre de 1886 en Burdeos. Vástago de una familia protestante de intelectuales —su padre, Henri de La Ville de Mirmont, era un reconocido profesor de Literatura en la Universidad de Burdeos, además de traductor de los Discursos de Cicerón y Consejero Municipal de la ciudad—, a los veintidós años se instala en París, donde se reencuentra con su amigo de infancia François Mauriac, del que se convierte en íntimo. Consigue un puesto de funcionario en la Prefectura del Sena, y en 1914, cuando estalla la primera guerra mundial, es movilizado con el grado de sargento del 57 Regimiento de Infantería. Muere el 28 de noviembre de 1914, sepultado por la explosión de un obús junto al Chemin des Dames, en el frente de Verneuil. Escritor de una brillantez desusada, cuyo arte apenas había comenzado a despuntar, su obra maestra es *Los domingos de Jean Dézert*, publicada pocos meses antes de alistarse en el ejército y que está inspirada en su vida gris de funcionario parisino. Asimismo, es autor de varios poemarios: *L'Horizon chimérique*, publicado póstumamente y que se hizo célebre cuando Gabriel Fauré le puso música; *los Cahiers rouges*, publicado también póstumamente, y, por último, el poemario *Contes*. Héroe de la última posmodernidad, comparado por su arte y su excentricidad con Georges Perec, la figura de Jean de La Ville de Mirmont ha inspirado personajes de novelas modernas, y su voz se ha reivindicado en los últimos años como una de las más originales y singulares de la literatura francesa de principios de siglo.

Notas del prólogo

[1]El mar de los atardeceres de otoño se deshoja sobre la arena... (*N. del T.*)<<

[2]Pieza teatral de Edmond Rostand estrenada en 1910. (*N. del T.*)<<

[3] Esta vez, corazón mío, emprendemos el gran viaje; / No sabemos cuándo vamos a regresar. / ¿Volveremos más orgullosos, más locos o más cuerdos? / ¡Qué importa, corazón mío, puesto que nos vamos! / Antes de partir, mete en tu equipaje / Los más bellos deseos que vamos a ofrecer. / No eches nada de menos, pues otros rostros / Y otros amores nos consolarán. / Esta vez, corazón mío, emprendemos el gran viaje. (*N. del T.*)<<

Notas del Libro

[1] Cuando la noche cuelgue su velo en los verdes cartones / Cuando llegue el momento de encender la luz de gas, / Mañana y todos los días siguientes a la misma hora / Mi alma no será ni mejor ni peor... (*N. del T.*)<<

[2] Consciente de mi oscuro papel, hasta la muerte, / Escribiré proyectos, notas, informes... (N. del T.)<<

[3] Literalmente: «En la Mónaco, se caza y se descaza, en la Mónaco, se caza como es debido». (*N. del T.*)<<

[4] En la Monaco / se caza la becada / En la Monaco /se caza el perdigón.(*N. del T.*)<<

[5] Conozco, desde el otoño / a un chaval de lo más encantador / cuya hermana, pobre
chica / a los quince años ya está tuberculosa. (*N. del T.*)<<